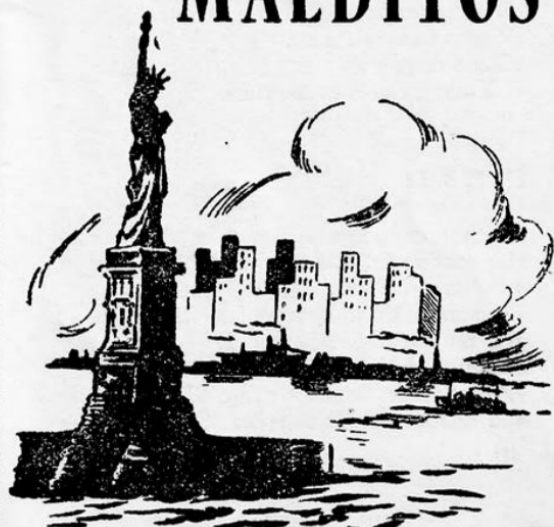




FRANK McFAIR

BILLETES MALDITOS



OBRA PUBLICADA DE FRANK McFAIR

EN SELECCIONES «NEVADA»:

- «Hombres de rapiña», núm. 47.
- «Triple K», núm. 62.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

- «Los libertadores de Texas», núm. 39.
- «Viento mortal», núm. 45.
- «Cinco ases y el comodín», núm. 55.
- «De sangre perversa», núm. 79.

EN F. B. I.:

- «Luchando en la sombra», núm. 5 (2ª edición).
- «La ruta de la locura», núm. 8 (2ª edición).
- «¡Sangre!», núm. 13 (2ª edición).
- «Armonías de muerte», núm. 22.
- «La muerte alada», núm. 27.
- «Contrabando funesto», núm. 31.
- «Palestina en llamas», núm. 40.
- «La bestia escarlata», núm. 58.



SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

números publicados:

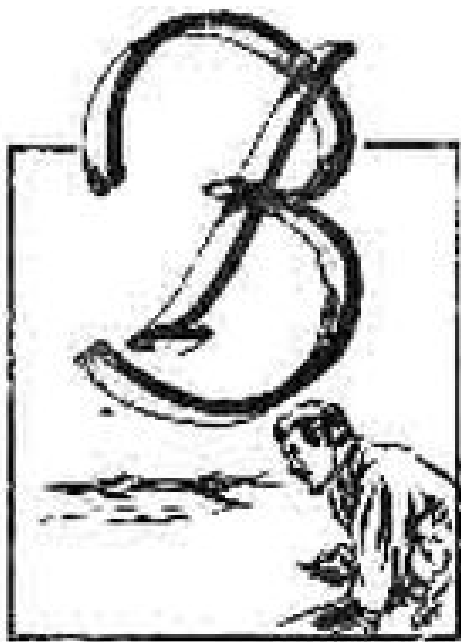
- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.^a edición.)
» 2.—LA ROSA GRIS, por Alf Manz. (4.^a edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.^a ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.^a edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.^a edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.^a edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.^a ed.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.^a edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.^a edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS por Alar
Benet. (2.^a edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.^a edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.^a edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.^a ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO,
por Alf Manz. (2.^a edición.)

- 21.—EL DELATOR**, por Alar Benet.
- 22.—**ARMONIAS DE MUERTE**, por Frank McFair.
- 23.—**DESTINOS CRUZADOS**, por Alf. Manz.
- 24.—**PERSECUCION**, por O. C. Tavin.
- 25.—**UNA CIUDAD ABIERTA**, por Eddie Thorny.
- 26.—**HORAS TRAGICAS**, por A. G. Murphy.
- 27.—**LA MUERTE ALADA**, por Frank McFair.
- 28.—**DOCTOR X**, por Alf Manz.
- 29.—**EL COLOSO DE HIERRO**, por Alar Benet.
- 30.—**TRAMPAS MORTALES**, por O. C. Tavin.
- 31.—**CONTRABANDO FUNESTO**, por Frank McFair.
- 32.—**NUEVA YORK-SAN FRANCISCO**, por A. C. Murphy.
- 33.—**ENTRE REJAS**, por Alf Manz.
- 34.—**MUERTE EN EL CARIBE**, por Alar Benet.
- 35.—**SECUESTRO**, por O. C. Tavin.
- 36.—**EL DUEÑO DEL MUNDO**, por Eddie Thorny.
- 37.—**HERMANO CONTRA HERMANO**, por A. C. Murphy.
- 38.—**FILIBUSTEROS MODERNOS**, por Fred Baxter.
- 39.—**PALESTINA EN LLAMAS**, por Frank McFair.
- 40.—**LA LEY DEL TERROR**, por Lewis Haroc.
- 41.—**A LA DESESPERADA**, por O. C. Tavin.
- 42.—**LA PROMOCION DE LA MUERTE**, por Alar Benet.
- 43.—**TINIEBLAS**, por Alf Manz.
- 44.—**ESPIAS EN LA NOCHE**, por Fred Baxter.
- 45.—**FIDELIDAD**, por Alar Benet.
- 46.—**SIN CUARTEL**, por A. G. Murphy.
- 47.—**ARMOUR, EXPULSADO**, por O. C. Tavin.
- 48.—
- 49.—**LA MAFFIA**, por Alf Manz.
- 50.—**ALASKA, FINAL DE RUTA**, por Lewis Haroc.
- 51.—**TRAS EL TELON DE ACERO**, por Alar Benet.
- 52.—**GANGSTERS DE GUANTE BLANCO**, por John L. Martin.
- 53.—**¡ACUSADO!**, por A. G. Murphy.
- 54.—**MISTERIO EN VIENA**, por O. C. Tavin.
- 55.—**EL GENIO DEL MAL**, por A. Benet.
- 56.—**HOMBRES ARMADOS**, por Jack Brooklyn.
- 57.—**PAVOROSA ELECCION**, por O. C. Tavin.
- 58.—**LA BESTIA ESCARLATA**, por Frank McFair.
- 59.—**HUELLAS DE ULTRATUMBA**, Thomas Settee.
- 60.—**S. O. S.**, por Lewis Haroc.

En preparación:

CAMINO DE PERDICION

CAPÍTULO I



ORDEANDO el tranquilo cementerio de Montmartre, serpentea la calle de Ganneron, y de ésta, como estrechos tentáculos unas cuantas callecitas se desperezan hasta tocar la avenida de St. Quen. En verano y en primavera es muy agradable pasear bajo las frondas del cementerio, y en invierno y en otoño, pasear hasta la avenida de Clichy o llegarse hasta el Sagrado Corazón, avenida de Junot arriba. Sí, después de todo es un magnífico lugar para vivir cuando no se tienen demasiadas aspiraciones y una renta regular da lo suficiente como para vivir con modestia, pero sin necesidad alguna.

Esto mismo iba pensando *monsieur* Garbín cuando, con las manos a la espalda, aquella tarde otoñal salió de la boca del metro de La Fourche y se dirigió hacia su casita, en la calle Fauvet.

Llevaba varios volúmenes que acababa de comprar en el muelle de los librereros, y se regocijaba ante la perspectiva de una tranquila velada en la salita, mientras su hija repasaba las notas de la Universidad. Eso es. Después de una buena cena de sopa de coles y un delicioso guiso de carne de aquellos que preparaba *madame* Rocard, la asistenta, a leer mansamente cerca del fuego.

El aire arremolinaba las hojas secas que arrastraba desde el cementerio y formaba diminutas trombas con ejes de polvo. Pero ¡ah!, cuando llegara a casa...

Llegó a su casa. Abrió la puerta del diminuto jardincillo y cruzó el enarenado paseo hasta la puerta de la vivienda. Con un suspiro, abrió ésta también y penetró en el vestíbulo, pieza chiquitita que había sido cuidadosamente limpiada por la mañana. Al vestíbulo daban dos puertas. Una la de la sala y otra la de la cocina. Y de la sala partía un cortito pasillo en el que se abrían las dos habitaciones, la suya y la de su hija, y el cuarto de baño. Una preciosidad de casa.

Pero... Bueno, el caso es que ahora no era tan preciosa. La afeaban aquellos dos individuos que, sentados en los butacones de la salita, fumaban cigarrillos americanos y tiraban la ceniza sobre la alfombra a riesgo de hacerla arder. *Monsieur* Jales Garbin se detuvo en la puerta y abrió un poco los ojos, asombrado, pero sin demostrarlo demasiado. Su hija y él no solían recibir visitas de ninguna clase. Y, ¿cómo habrían entrado aquellos dos individuos, si su hija debía estar todavía en la Universidad?

—Buenas tardes —dijo cortésmente.

Jules Garbín era un hombre de cincuenta años, de estatura mediana, y facciones borrosas. Es decir, uno de esos hombres a los que no se los recuerda si no se le ha visto mucho y muy seguido. Solamente sus azules ojos tenían una personalidad definida. Por eso, solía ocultarlos tras unos lentes de cristal tostado. Ahora no los llevaba.

—Hola —dijo uno de los hombres, un tipo alto, de anchas espaldas y ojillos cerdunos, muy juncos—. ¿Qué hay, viejo? —Su corbata, aun antes de que hubiese abierto la boca, pregonaba furiosamente su nacionalidad americana—. Tome asiento y charlaremos un rato.

—¿De veras? —murmuró Jules siempre con la misma cortesía. Y

tomó asiento en una silla, dejando cuidadosamente el sombrero hongo sobre otra.

El americano le golpeó una rodilla afectuosamente con una de sus manazas enrojecidas y pecosas y prorrumpió en una carcajada muy amistosa al parecer.

—Vaya, vaya, con el viejo —dijo—. Pues nos dijimos, dije «Vamos a ver qué demonios es de ese viejo, a saludarlo un rato y a charlar. Hasta puede que nos tomemos uno de esos condenados ajenjos juntos, para hacer las cosas más fáciles». Y como lo dijimos, viejo. Nada, pues que nos vinimos para acá.

—Mucha amabilidad por su parte —contestó *monsieur* Garbin—. Mucha amabilidad. Sólo que me gustaría enterarme... ¿No habrá aquí una leve equivocación, «*messieurs*»? Porque yo...

El americano volvió a soltar otra estruendosa carcajada y a golpear la rodilla de Garbin con gran afecto.

—Vaya, vaya —repitió tontamente—. Vaya con el demonio del viejo. Veníamos para charlar un rato, como buenos amigos...

—Escuche, Girbal —dijo de pronto el segundo americano inclinándose hacia él.

—Mi nombre es Garbin —protestó suavemente Jules. Pero sus ojos azules destellaron levemente, aun cuando sus facciones permanecieron rígidas.

—No perdamos el tiempo, «Girbal» —repitió el otro. Era un hombre joven, de unos treinta años, de facciones correctas y pelo rubio. Iba un poco mejor vestido que su compañero y sin detonancias antieuropeas—. Porque realmente no hay mucho tiempo que perder. Hemos venido para hablar con usted de negocios.

—Pero, «*messieurs*», ustedes se han confundido de persona. No me llamo Girbal, no me dedico a negocios de ninguna clase. Hay un pequeño error que aclararemos en seguida.

—Ningún error. Usted se llama Jules Girbal —dijo el otro sin quitarle los ojos de encima—. Nació en mil novecientos, en Amiens. Se graduó en la Policía Técnica; luego decidió hacerse grabador. Grababa bien, y un día sintió tentación. Falsificó un sello bastante valioso, después de estudiar perfectamente el papel, las tintas la época y todas esas zarandajas. El sello pasó. Y entonces falsificó otro y otro. No niego que fue bastante listo, pero al fin lo cogió la

Sûreté. Hubo un proceso bastante largo, pero no pudieron hallarse pruebas decisivas contra usted, por lo que tuvieron que soltarlo. A su socio, a su cómplice, lo metieron en la cárcel. Aquello quebrantó su salud y, en busca de reposo, se marchó a la Costa Azul. Pues bien, su socio ha firmado una confesión y en ella hay bastantes pruebas para reabrir el proceso, ya que no lo absolvieron a usted, sino que lo dejaron marchar por falta de pruebas y hacerle pasar a usted en la cárcel unos años. Los mismos que estuvo su compañero.

Girbal, alias Garbin, no se había movido, pero sus ojos brillaban metálicamente. Aquel hombre estaba demasiado enterado.

—¿Qué clase de pruebas, «*monsieur*»? —preguntó suavemente.

—Las planchas —contestó el otro sin dejar de mirarle. Su mano derecha se había acercado a su sobaco izquierdo y se mantenía allí firme—. Las planchas. Una de ellas estaba firmada.

Garbín sonrió.

—Eso es mentira, «*monsieur*». Jamás se firma nada en esa clase de asuntos. Equivaldría a poner el cuello bajo la cuchilla de la guillotina.

—Exacto. Pero no era la plancha la que estaba firmada, sino el reborde marginal. Muy claramente. Usted, pensó, quizá, que al cortar la plancha en su tamaño justo, aquello, como es natural, desaparecería. Supongo que sería su orgullo profesional el que le indujo poner su firma allí. La obra era maestra, desde luego. Quizá lo recuerde, Girbal. Era una de las variedades del número siete de Francia. «*Vervelle*», creo que la llaman. Le felicito, Girbal. Es usted uno de los pocos hombres que han logrado engañar a los técnicos con ese sello. Repito, claro está, palabras de su cómplice. Dice que es usted un maestro completo. Ya ve cómo no debe seguir fingiendo.

Girbal no cambió de expresión.

—Déjeme ver esa prueba.

El americano que hablara primero, el grandón aquel, sacó una pistola automática del bolsillo y le colocó un cilindro en la boca, un silenciador. Entonces, el otro, sacó un paquete y se lo enseñó a Girbal. Lo abrió sin dejar que el rentista lo tocara y le enseñó una plancha metálica, de cobre parecía, provista de un ancho margen que la circundaba. Efectivamente, allí había grabado un nombre. «J. Girbal».

—Sabemos que es usted Girbal —dijo el americano sonriendo y guardando de nuevo la plancha—. Y la Policía lo sabrá inmediatamente también, aunque usted se haya cambiado el nombre.

—¿Cómo consiguió la confesión, *monsieur*? —preguntó Girbal, con voz inexpressiva. Pero una sorda desesperación lo estaba envolviendo. Adiós su vida tranquila al lado de su hija. Sí, adiós a todo. «Al final —se dijo, completamente abatido—, la Justicia triunfa siempre»—. ¿Son ustedes de la Policía? Creí que eran americanos.

—Lo somos. ¿La confesión? Muy sencillo. Clouet, su antiguo cómplice, el hombre que le buscaba las tintas y demás, logró esconder las planchas antes de que la Policía emprendiese su registro. A usted le dijo que las había destruido con ácido, porque temía que usted se enfadase demasiado. Luego, cuando vio que se moría, me lo confió a mí. Yo le hice creer que era un policía y que me había hecho amigo de él para obtener aquellos datos. Antes de confesarse con el sacerdote, para descargar su alma, me lo dijo todo, aun cuando insistió en que no conocía el paradero de usted. Me confió dónde estaban las placas y las cogí. Luego me dediqué a buscarlo a usted.

Girbal se cogió las mejillas con las manos y se tironeó suavemente del labio inferior.

—Pues no tendrán más remedio que denunciarme a la Policía, «*messieur*». No tengo dinero para hacer frente a un «chantaje».

El americano alto lanzó otra de sus estruendosas carcajadas, con las que procuraba siempre crear un ambiente de cordialidad.

—Pero, hombre, lo que yo dije, digo: «Verás cómo el buen viejo cree que vamos a extorsionarlo». Vaya, vaya, se ve que no conoce a los amigos. Lo que yo digo...

—Tú te callas —le interrumpió brutalmente el otro, que parecía ser el de más autoridad de los dos—. Escuche, Girbal —le ofreció un «Tareyton» y le acercó fuego, para que lo encendiera—. Venimos a proponerle un buen negocio, y no lo denunciaremos a la Policía a no ser que se muestre demasiado reacio a colaborar con nosotros.

Girbal levantó la vista.

—¿Un negocio, *monsieur*?

—Así es. Un buen negocio. Escuche.

Durante media hora estuvo hablando lentamente, en un francés muy cuidado y culto. Girbal lo escuchaba muy interesado, aunque hervía de furia y desesperación por dentro. Cuando el otro terminó preguntó:

—Y si me negase, ¿qué?

—La Policía se enteraría anónimamente de esto y recibiría las planchas. Encontrarlo a usted sería cuestión de un par de horas. No podría escapar. Y caería un baldón sobre su hija, no lo olvide. Vamos, Girbal, espero que no vaya a enterarse.

Girbal lo pensó un momento. Por fin sonrió.

—De acuerdo, «*messieurs*». Haré lo que dicen.

—Mi nombre es Harris —dijo el americano, tendiéndole una mano afectuosamente—. Y este gigantón es Luke Pestos. Ya verá cómo todos nos entendemos perfectamente. Ahora, nos marchamos. No se olvide de prepararlo todo.

—¿Para cuándo? —preguntó Jules.

—Ha de ser antes de diez días, Girbal. No es mucho tiempo, lo sé; pero no podemos dormiros. Todo está a punto y sólo esperábamos a usted. Y una cosa, una amistosa advertencia: procure no hacer ninguna tontería, como, por ejemplo, tratar de escapar de nosotros o algo así. Sería muy desagradable.

—Claro, claro, pero lo que yo digo, digo: «¿Para qué va a hacer tonterías nuestro buen viejo?». ¿Eh, viejo? ¿Para qué? Es lo que digo yo —remachó Luke Pestos, muy satisfecho al parecer y rezumando cordialidad por todos sus poros.

—Descuide, *monsieur* Harris —dijo Girbal imperturbable, iniciando una sonrisa, mientras Luke se colocaba la pistola cómodamente en la axila—. Estoy en sus manos y lo sé. No soy ningún tonto.

—Claro, claro que no, es lo que yo digo, así se lo dije aquí al amigo Harris. Le dije, digo: «Claro que él se dará cuenta en seguida de que con nosotros le irá bien». Adiós, adiós, «*mesíú*».

La sonrisa se borró de los labios de Girbal cuando ambos hombres desaparecieron por la calle. Asomado a la ventana, los vio doblar la esquina de la calle Ganneron, que hace un brusco recodo para abrazar el cementerio por el Oeste. Ese viejo cementerio de Montmartre.

Había un rictus extraño en sus facciones crispadas. Había

desaparecido por completo su sonrisa amable, para ser sustituida por un gesto de odio y de rabia contenida. Levantó una mano, cerrando el puño, y lo dejó caer sobre la mesita, que crujió lastimera. En aquel momento sintió que abrían la puerta de la calle y procuró serenarse.

Una muchacha alta, esbelta, vestida con un traje de sastre que moldeaba unas curvas que hubiesen hecho palidecer a Juno, entró, tirando sobre una silla una ligera boina azul y encarnada.

—Hola, papá —dijo, alegremente.

Y se puso a tararear una musiquilla cualquiera mientras abría la cartera de piel y empezaba a sacar libros de ella.

—Hola, Barbe —dijo él, sin apartarse de la ventana.

—¿Qué te pasa, «hein»? —preguntó la joven acercándosele, sin poder estarse quieta ni un solo segundo. Sus camaradas, en la Sorbona, la llamaban «Movimiento Continuo».

Girbal se volvió hacia ella seriamente.

—Hija, nos vamos de París.

—No ahora, querido; no voy a echar a perder mi último año, precisamente cuando sé que aprobaré. Busca otro susto para darme. Ése no va.

—Nos vamos de París, de Francia, querida. No tengo más remedio.

La joven le miró fijamente a los ojos. Padre e hija se querían entrañablemente y no hacía falta que mediaran muchas palabras entre ellos para que se comprendiesen.

—Ven aquí —dijo, conduciéndolo al sofá y haciéndole sitio— y cuéntamelo todo.

Girbal vaciló. Lió un cigarrillo, lo encendió, bajó la cabeza y, por fin, como un nadador que se arroja al agua, se decidió.

—Verás, Barbette. No voy a decirte que pasé demasiadas necesidades cuando era pequeño. Los abuelos estaban en buena posición y me dejaron una renta no del todo despreciable, pero..., bueno; cuando me gradué en la Politécnica, sentía unos deseos asombrosos de pintar. Pero, para gran desesperación mía, no veía los colores. Quiero decir que mis cuadros eran mediocres, lo que me hería más que si hubiesen sido francamente malos. En cambio, el dibujo era perfecto. Probé con el grabado, que no necesita color, y, querida.

supe que era un grabador excepcional. Sí, no estoy presumiendo ante ti.

—¡Pero papá! —exclamó ella, escandalizada—. He estado durante veintidós años al lado de un genio y ni siquiera lo he notado. Ya lo creo que el hábito hace a la persona.

—No es broma, querida —siguió él. Había una profunda tristeza en su voz y la joven se dio cuenta. Se cogió la carita con ambas manos y lo escuchó con atención apasionada—. Me reuní con un amigo, grabador también, y por gusto, empezamos a reproducir sellos raros para colocarlos en nuestra colección. Te doy mi palabra, «chérie», que al principio sólo fue eso gusto. Pero mi amigo Clouet me fue minando la moral. Me decía que, con mi habilidad, jamás podrían darse cuenta de que un sello era falso, que los venderíamos a coleccionistas de poca sabiduría; en fin, todo. Por último, me decidí. Pasó un año antes de que terminásemos el estudio preliminar, antes de empezar a grabar. Estudiamos el papel, la época, la técnica y la composición de la tinta. Nena, entonces me llené de orgullo, aun cuando ahora me avergüenza tener que decírtelo. Pero el caso es que conseguimos una obra perfecta, sin ayuda de nadie. Cuando, latiéndonos el corazón, ofrecimos el sello a un coleccionista de Lyon, éste lo hizo examinar por peritos. Éstos apostaron su cabeza a que el sello era legítimo.

Barbe Girbal le escuchaba, muy pálida ahora.

—¿Tenemos que huir de la Policía, «papa»? —preguntó, ansiosa.

—No, hija, sigue escuchando. El sello que reprodujimos era el «vervelle», el siete de Francia, porque es el sello más caro.

Ella asintió.

—Bueno, pues poco queda. Clouet era insaciable. Repetimos otra vez, ahora con otra variedad, no tan valiosa, pero sí lo suficiente. Salió y la vendimos. Luego probé con el número ocho de España. Para ello hube de pasar ocho meses en ese país. Pero al fin lo conseguí y lo vendimos a un coleccionista americano, que nos pagó el doble de su valor. Por fin... Bien, a la quinta vez que presentábamos un «vervelle» fuimos arrestados, porque un técnico opinó que eran demasiados los que estábamos sacando a la luz. Yo pude librarme porque no se encontraron las planchas y nadie pudo demostrar que fuera yo, aun cuando las sospechas fueran vehementes. Cuando esto ocurrió, tú, que tenías diez años, fuiste

enviada a casa de tus abuelos. Tu madre, la pobre, lo resistió todo bien, pero aquello la debilitó. Esta tarde, poco antes de llegar tú, han estado aquí dos individuos. Sabían todo, porque Clouet todo lo confesó.

—¿«Chantaje»? —preguntó ella simplemente.

—Coacción. Bajo la amenaza de denunciarme, me obligan a...

Habló durante otros cinco minutos. Luego calló.

La joven se puso en pie y se acercó a la ventana. Los últimos rayos de un enfermizo sol otoñal teñían de rojo la fronta del cementerio. Allá, a lo lejos, la calle de Caulaincourt saltaba graciosamente sobre el camposanto, en un puente metálico que brillaba extrañamente. Allí, bajo los esbeltos cipreses, dormían poetas y políticos, hombres y mujeres, un sueño dulce y apacible. Gambetta, *madame* de Recamier, Teófilo Gautier, Alfredo de Vigny... Tantos y tantos.

—Lo siento, hija —dijo dulcemente el hombre acercándose a ella y poniéndole tímidamente una mano sobre el brazo—. Claro que no decía en serio que nos marcharíamos los dos. «¡Helas!». Yo me iré solo. Tú podrás continuar aquí tus estudios. No quiero que...

—¡Oh calla! —dijo ella salvajemente, lanzándosele a los brazos—. ¡Calla, si no quieres que me olvide de que eres mi padre! ¿Crees que te permitiría ir tú solo allá abajo? Iré contigo. Sí, iré, aunque sea lo último que haga en mi vida. La dulce Francia no lo es si te persigue. Bien sabe Dios lo que siento tener que dejarla, pero...

De pronto, los ojos de la joven brillaron extrañamente. Sacudió a su padre con violencia.

—Papá —dijo con rapidez—. ¿Si conseguimos esas planchas? ¿Si las conseguimos y te presentas a las autoridades francesas y te declaras culpable? ¿No prescriben esas cosas al cabo de un cierto número de años?

El movió la cabeza.

—No lo sé, «chérie». Creo que sí. Pero tendría que presentarme. Lo haría, sí; «ma foi» que lo haría, pero... —Se encogió tristemente de hombros—, ¿cómo encontrar esas pruebas que me amenazan?

La joven se cuadró. Sus ojos, que parecían grises a la luz del atardecer, brillaban apasionadamente.

—Lo encontraremos, «mon père»; lo encontraremos. Confía en Barbette. Lo prepararemos todos, y cuando estemos listos...; bien,

«Amerique» recibe a tus hijos. Quiero conocer la ciudad de los rascacielos y el ponerse del sol tras la cúpula del Capitolio.

Se abrazó a su padre, y de pronto, dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No llores, «ma filie» —dijo él con voz estrangulada—. No llores; no puedo soportarlo.

—No lloro por, lo que tú crees —protestó ella—. Es que no me gustan los emparedados de queso ni el «*pudding*» de manzana. Pero tendré que acostumbrarme, supongo. Animo, papá. Ya verás cómo lo conseguimos.

Se apartó de él un momento y lo contempló fijamente. El hombre habíase tranquilizado poco a poco. Una nueva luz brillaba en sus azules pupilas. Ahora, la joven, por primera vez en su vida, veía a un padre distinto delante de ella. Ahora podía comprender al hombre que había falsificado los sellos, al artista que no había sabido apartarse a tiempo de la mala vereda para continuar en la buena.

—¿Sabes que eres un gran falsario? —le preguntó en un último esfuerzo para alejar de sí aquella congoja y las ganas de prorrumpir en lágrimas—. Me has tenido todos estos años en la creencia de que eras un vulgar rentista, exactamente igual a cualquiera de los innumerables rentistas que viven en este hermoso país. Y ahora resulta que eres todo un genio.

—También comprenderás por qué, cuando eras pequeña y me pedías que te dibujase algo en un papel, siempre me negaba. Y un día en que encontraste un dibujo y dijiste que lo había hecho, yo me defendí jurando que no —terminó él tratando valerosamente de sonreír.

La luz agonizaba. Un alud de hojas secas de los castaños y las acacias se arremolinó contra las cristales con frágiles chasquidos. El brazo derecho de la jovencita se enrolló al cuello de su padre como una serpiente.

—Bueno, «mon vieux». Son las siete. ¿Quieres que te prepare la cena? Ah, libros. A ver... Balzac, Montaigne, Azorín. ¡Santo Dios, qué mezcla! Serviré la cena en un minuto.

CAPÍTULO II



El gigantesco buque acababa de pasar el Narrows y penetraba en la bahía entre gimoteos de sirenas, rezongar de motores y carraspeos de remolcadores. A lo lejos, las puntas de los rascacielos arañaban la niebla, parecidos a esos gigantes «icebergs» que surgen de pronto ante los navegantes. Los potentes pulmones del barco lanzaban su aviso, para no partir en dos a alguna barquichuela, porque la niebla empezaba a espesarse. Luego, allí, a la izquierda, surgió algo, una figura humana que sostenía una antorcha en el alzado brazo derecho. Esa figura de mujer saluda siempre a los que llegan a Nueva York. Siempre firme en su puesto, sobre la pequeña isleta, parece alumbrar el camino, y casi se adivina una sonrisa amistosa y acogedora en sus labios de piedra.

*«Dame tus abatidas, tus pobres, tus amontonadas
muchedumbres que ansían respirar libremente,
el desperdicio infeliz de tu playa rebosante;
mándame los desamparados, los batidos por la
tempestad:
yo tengo mi lámpara en alto junto a la puerta
dorada».*

Barbe lo recitó de un tirón, sin respirar, pero con armoniosa y sonora cadencia.

—No puedes leerlo desde aquí —protestó su padre.

—Lo sé de memoria —dijo ella mirando fijamente a la estatua—. Nunca se me olvidará.

—No sabía que era usted poeta, *miss* —dijo Luke Festos con su enorme vozarrón—. ¿Qué es eso?

—Está grabado en la estatua —dijo Barbe volviéndose hacia él—. Creí que todos los americanos lo sabían y lo hablan leído. Al menos, los que hubieran nacido en Nueva York.

—Yo soy del Oeste medio —dijo el otro, satisfecho—. De San Luis. Pero es lo que yo digo siempre. Digo: No hay cosa como la cultura; eso es lo que digo. Mi padre decía, dijo: «Mira, tú debes estudiar. Ésa es la fija». Pero yo era demasiado bruto.

El barco estaba llegando al muelle de la compañía francesa. Un par de espigones más allá vieron la elevada silueta del «Normandí», desmantelado. Una hora después, atracaba.

Las largas y pesadas formalidades con la Aduana terminaron en seguida y pudieron, por fin, salir. Barbe lo curioseaba todo con los ojos muy abiertos. La primera impresión que causa Nueva York para el que llega es la de un poderío descomunal. Todo es grande, nuevo, extraño. Un país exótico produce siempre asombro, pero Nueva York lo produce más todavía. Hay que tomarla a dosis pequeñas; de lo contrario, uno se vuelve loco.

Un coche los esperaba en South Street. Había un hombre al volante y dentro otro. Este último era Harris.

Cuando subieron, Harris estrechó con mucha cordialidad la mano de Girbal y miró significativamente hacia Barbe.

—Le presento a mi hija, *monsieur* Harris —dijo Girbal sonriendo. Padre e hija estaban decididos a crear una atmósfera de

franca amistad entre Harris y ellos. Era la mejor manera de lograr sus propósitos, si es que alguna vez lo lograban.

Harris no pudo contener una mirada de perfecta aprobación. Ni un ciego hubiera resistido al encanto que emanaba de aquella francesa.

—¿Cómo está? —preguntó—. Es un placer tenerla con nosotros... Yo...

Vacilaba. Girbal acudió en su ayuda.

—Mi hija, *monsieur*, está perfectamente enterada de nuestros negocios. No le oculto nunca nada, a ser posible.

Harris respiró, muy a gusto, mientras Festos lanzaba una de sus trombónicas carcajadas. El coche corría por el Bowery, en procura de la Tercera Avenida.

—Eso me gusta —dijo—. Así podremos trabajar mejor. Por de pronto, ustedes se instalarán en un hotel, hasta que hayamos de salir de aquí.

—¿No nos quedaremos en Nueva York, míster Harris? —preguntó Barbe con un ligero mohín en sus labios. La mirada de Harris se quedó prendida allí, como si estuviera hipnotizado. La joven tuvo que repetir la pregunta, y entonces él volvió a la realidad.

—¿Eh? ¡Oh, no! Iremos a Washington.

—¡Qué lástima! Me hubiese gustado mucho estar aquí varios días —dijo ella.

Harris se volvió muy confidencial.

—¡Oh, no se preocupe! Vendremos aquí de vez en cuando. Ya verá cómo nos divertimos.

El portero del hotel «Parkside» debía conocer a míster Harris de sobra, porque adelantó su imponente panza hacia adelante con mucha deferencia, y abrió la portezuela. Los cuatro, Harris, Festos y los dos franceses, penetraron en el «*hall*».

—¿Están preparadas las habitaciones? —preguntó Harris.

El empleado del «comptoir» sonrió muy complacido.

—Claro que sí, señor. ¿Tuvo buen viaje la señorita? —preguntó—. Espero que le guste nuestro país.

—Es encantador —aseguró ella—. ¿Quiere indicarme, míster Harris?

Y para subir la gradería que conducía a los ascensores se apoyó

en su brazo, haciendo al americano empezar a comprender algo de lo que debe ser el cielo. Girbal, detrás de ellos, sonreía levemente, con una fina ironía en las arruguillas de los ojos. El gigantesco Festón cerraba la marcha, restregándose las manos y asegurando que todos lo iban a pasar mejor que una tarde de domingo en Coney Island.

Media hora después, Girbal llamó suavemente a la puerta de su hija, después de haberse asegurado que los otros habían bajado al bar a refrescar. La muchacha le abrió. Se había puesto una ligera bata y tenía los cabellos sueltos.

—¿Qué tal lo hago, papá? —preguntó mientras cerraba tras de él.

—Mejor qué una primera figura de la Comedia —le aseguró él—. Creo que te lo has metido en el bolsillo.

—Así es. Espero que todos sean tan simplones como Harris y Festos. Si resulta así, no creo que tengamos grandes dificultades.

—Los hombres cambian mucho cuando se trata de asuntos de dinero, «chérie» —dijo Girbal pensativo—. Hija, es para mí un consuelo bastante grande la forma como has tomado este asunto tan desagradable. Estoy...; bueno, te estoy muy agradecido.

Ella le abrazó con cariño.

—No digas tonterías. Dentro de poco tendremos eso en nuestro poder, ya lo verás.

—Dios te oiga, hija.

Llegaron a Washington en una fría mañana de finales de noviembre. Hicieron el viaje por carretera, en el «Buick» de Harris. Cruzaron la ciudad a buena velocidad, de manera que los franceses apenas pudieron ver algún que otro detalle de la joya de América, esa joya empotrada en el verde engaste de las praderas del Potomac que hacía más de dos siglos ideara un compatriota suyo.

El sitio donde fueron conducidos se hallaba enclavado en el ensanche de la ciudad, enfrente de la isla de Teodoro Roosevelt. El distrito de Columbia y el condado de Faufax, Virginia, forman un cuadrado casi perfecto, que, introducido entre Maryland y Virginia, separa a ambos estados. Casi en el centro de dicho cuadrado, un poco al oeste, estaba la casa.

Era una gran edificación, de ese estilo francés antiguo que tanto realce da a la capital de la nación, con los puntiagudos tejados de

pizarra y los muros de piedra gris. La rodeaba un jardín muy extenso y frondoso. Por lo menos, lo sería en verano. Ahora eran los pinos los únicos que verdeaban entre las secas y consumidas ramas de sus compañeros.

La puerta, de hierro forjado al estilo español, fue abierta automáticamente desde dentro. El coche siguió por un ancho camino de pedregullo y por fin, se detuvo ante un pórtico ornamental. Bajaron, y un criado les abrió la puerta. Iba vestido con chaleco a rayas y en mangas de camisa, al estilo de los «valets» europeos. Hizo una leve inclinación ante Harris y se apartó para dejarles pasar.

—El señor está en su despacho —dijo.

—Vamos. —Harris tomó a la joven del brazo, y, seguidos por el francés y Festos, avanzaron a través de un gigantesco «*hall*» con columnata en corma de peristilo, hasta llegar a una puerta forrada de cuero. Harris llamó, y una voz sonora los invitó a entrar.

Tras de una monumental mesa de despacho había un hombre de unos cuarenta años, de rasgos finos y ojos oscuros. Iba cuidadosamente afeitado y sus ropas eran caras, muy caras, pensó la joven. Seguramente que algún sastre de Bond Street tenía las medidas exactas de aquel hombre y le hacía sus trajes sin reparar en precio. Sus ojos eran fríos, sin expresión alguna, cuando se incorporó, sin llegar a levantarse.

—Usted es Girbal —dijo con frialdad, no preguntando, sino afirmando. Igual hubiera podido decir «Usted es mi criado».

—Así es —respondió el francés con una leve inclinación.

—Yo soy Rice, Marko Rice. Supongo que no ignora usted las condiciones bajo las cuales va a trabajar para nosotros, ¿verdad?

Girbal asintió con la cabeza.

—Bien. ¿Quién es ella? —preguntó despectivamente. La joven palideció de rabia, pero aún pudo sonreír, gracias a un considerable esfuerzo de voluntad.

—Es mi hija, *monsieur* —dijo Girbal, y sus ojos brillaron levemente. Girbal era un hombre pacífico por naturaleza, pero el genio galo despertaba en él cuando querían tocar alguna cosa de su posesión. Y por su hija hubiese sido capaz de cualquier cosa, hasta del asesinato.

—¿Quién dijo que viniera? —preguntó enfurecido el hombre

que se sentaba tras la mesa de despacho. No es que su furia se manifestase en gritos, sino en una ligera elevación de tono que hacía parecer cada palabra suya un trallazo.

—Yo fui —dijo Harris con voz respetuosa y no del todo tranquila—. La muchacha sabe todo y está conforme con ayudar. O no ayudar, pero no quiere separarse de su padre.

—Escuche, *miss* —dijo Rice—. Aquí tendrá que tener la boca cerrada en todo momento. No consentiré la menor indiscreción. No se imagine que ha venido a América a divertirse. No saldrá de la casa a menos de hacerlo acompañada por Festos o por Harris, ¿me ha comprendido? Y no hablará con nadie en absoluto. La menor infracción de cualquiera de estos puntos supondría...

—No me amenace —dijo ella valerosamente, cogiéndose del brazo de su padre—. Ya sé todo lo que tendré que hacer; pero ni el mismo demonio me haría hacer las cosas a la fuerza.

Brillaron los ojos del hombre peligrosamente, y Harris se interpuso rápidamente.

—No se precipite, jefe —dijo casi suplicante—. Ya verá cómo nos cuidamos Luke y yo de la muchacha.

—Más vale que lo hagáis. Que nadie salga si no es acompañado. Ahora, míster Girbal, vamos al asunto que nos interesa. Cerca de aquí, en un sitio al que lo llevaremos a usted con los ojos vendados, tenemos el taller. Él será su hogar, y de él no podrá salir hasta no haber terminado la plancha.

—Creo que podríamos entendernos —afirmó plácidamente Girbal— si se abstuviese de usar ese tono conmigo. No soy un criado, míster Rice. Las circunstancias me han llevado a esta situación, pero más bien somos... socios, diría yo.

El otro no perdió su expresión helada.

—Debo sacarlo de su error, Girbal. No somos socios de ninguna clase. Usted trabaja para nosotros, pero no percibirá nada en absoluto de los beneficios de la... falsificación. Usted trabaja, porque no tiene más remedio que hacerlo, sencillamente. Porque está en nuestras manos y lo sabe. Nada más.

Girbal había palidecido, pero tampoco permitió que se moviese un solo músculo de su cara.

Entre los dos, entre Festos y Harris, volvieron a salir de la habitación. La muchacha iba cogida del brazo de su padre.

—Maldito asqueroso —dijo ella rencorosa—. Un tipo así no debería existir.

—Calle, paloma —dijo Festos conciliador—. Es lo que yo digo, digo: «No habléis nunca mal del jefe. Él sabe lo que hace». Esto es lo que yo...

—¡Oh, calla ya con tu maldita cantilena! —prorrumpió Morris exasperado—. Me pones enfermo con tus «dije» y «digo».

—Está bien, está bien.

Al llegar al pórtico, Harris sacó dos pañuelos de seda del bolsillo. Con un gesto, que podía ser como petición de excusas, se acercó a Girbal y se lo puso en la cabeza, tapándole los ojos. Luego repitió la operación con la muchacha. Ésta estaba recobrando su buen humor de nuevo.

—Siento que ahora no podré verlo, míster Harry —le dijo. Y procuró que su mano entablara un discreto contacto con la del maleante. Éste se puso tan nervioso, que apenas podía atar el pañuelo.

Luego fueron conducidos al coche, que arrancó al cabo de un momento. Estuvieron rodando media hora y, por fin, llegaron a su punto de destino. Cuando se bajaron del coche, una ráfaga de aire aromada de tanino les indicó que estaban en un pinar. Luego sintieron bajo su paso crujir de tablazones, el chirriar de una puerta y al fin, las manos de Harris que les quitaba los pañuelos. La joven, un poco aturdida y algo deslumbrada, miró a su alrededor. Lanzó un ligero gemido de espanto, y, mirando a su padre, vio cómo retrocedía un paso involuntariamente, y jadeaba. Luego, la risa retumbante, rabelesiana, de Festos, los volvió a la realidad.

Por 1,25 pesetas

LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.

CAPÍTULO III



EDWIN Carrington bajaba silbando por la avenida de Virginia. La mañana estaba francamente hermosa y por todas partes verdegueaban los jardines. Mayo llegaba a Washington en medio de una explosión de colores. Rojear de rosas en los jardines del Capitolio, azulear de miosotis y violetas en el cementerio de Arlington y amarillear de tulipanes holandeses en el East Potomac.

Edwin Carrington era un perpetuo adorador de la primavera, y por eso había dejado la fría o ardiente Nueva York por el templado clima de Washington.

La avenida de Virginia es muy galante, como los hombres del Estado que lleva su nombre. Permite que la de Nueva Jersey, más nortea, más yanqui, le salte por encima en un gracioso puente.

Pero sólo a ésta se lo soporta, quizá porque la avenida corta en dos, idealmente, al Capitolio. Las demás calles se ven constreñidas a que Virginia se encarama sobre ellas en diversos arcos.

Edwin llegó al edificio del

F. B. I.,

y atravesó la puerta sin dejar de silbar. Un hombre, vestido de paisano, le cogió del brazo.

—Le busca el viejo, Carrington —dijo.

—¿Sí? Vaya; ya sabía yo que en esta mañana tan espléndida me tendría que ocurrir algo. Nunca se acuerdan de mí en invierno o en verano. Siempre en primavera.

Torció por diversos pasillos, hasta llegar a una puerta con cristal esmerilado. Llamó con los nudillos y, sin esperar permiso, penetró en la pieza.

Ésta era grande, con un amplio ventanal sobre los jardines de la avenida de Virginia. Detrás de una mesa de despacho, asombrosamente limpia de papeles, había un hombre de unos sesenta años, con cara de dogo inglés. Alguien le había dicho en cierta ocasión al inspector jefe Tantall que se parecía a Winston Churchill, y ahora nunca dejaba pasar ocasión de demostrarlo al público. Para acentuar la semejanza, llevaba siempre entre los dientes un puro de dimensiones anormales por lo grandioso.

—Lo andaba buscando, Carrington —dijo malhumoradamente—. ¿Dónde diablos se mete?

—Me meto en el cementerio, para reflexionar sobre las vanidades del mundo, señor. ¿Qué ocurre?

Sin esperar permiso, se sentó en una butaca. Tantall siempre le gruñía a su inspector favorito porque no le trataba con el debido respeto, pero, en el fondo, sabía que lo necesitaba, y lo apreciaba mucho.

—Siéntese —dijo con exasperación—. ¡Ah, ya lo hizo! Pues póngase cómodo. Puede poner los pies encima de la mesa.

Carrington encendió un cigarrillo.

—Esto me huele a chamusquina, señor. A usted le han lavado hoy la cara en el Departamento.

—Sí. ¡Cristo! —dijo Tantall. El Departamento, en boca de aquellos hombres, no podía ser más que uno: el de Justicia—. Y lo que más me duele es que ha sido con razón.

—A lo mejor yo le puedo echar una mano, señor —sugirió amablemente Carrington.

—¡Váyase al demonio! Mire.

Sacó una cosa del cajón de su mesa y se la acercó a Edwin. Éste lo cogió y le dio vueltas entre los dedos.

—¿Es que ahora me van a pagar en billetes de cinco dólares, uno cada día? —preguntó. Luego, viendo que su jefe parecía al borde de la apoplejía, se puso serio—. Ya me lo imagino, señor. Pues el trabajo es perfecto.

—¡Claro que es endemoniadamente perfecto! El hombre que ha hecho eso no es un novicio.

—¿Cómo se ha descubierto, señor?

—Por una casualidad, como casi siempre cuando se tropieza con maestros falsificadores. Porque la esposa de un marino mercante, un día que no tenía nada que hacer, se dedicó a entretenerse con un par de billetes. Imagínese su sorpresa cuando se dio cuenta de que los números de los dos billetes «eran exactamente iguales». La mujer es inteligente, una austríaca que se casó con un marino norteamericano; creo que es maestra e algo así. Pues tranquilamente se marchó a la primera seccional de la Policía y dio cuenta.

—¿Lo han examinado con rayos X?

—Sí; es igual al bueno. Las rayas del grabado coinciden perfectamente. Pero...

—Ya me imaginaba que había un pero, señor. Quédese tranquilo contándole todo al viejo Carrington.

Tantall chupeteó pegajosamente la punta de su puro, lanzando resoplidos encolerizados. Por fin se calmó lo suficiente como para seguir, haciendo caso omiso de las irrespetuosidades del otro.

—Pues que parece cosa de locos. Fíjese, un trabajo tan cuidado, que hasta tuvieron en cuenta los rayos X, y, sin embargo, tiene... — Sacó del cajón una lupa potente y se la alargó a Edwin—. Ahí, arriba, a la izquierda de la cabeza de Washington. Es un punto casi imperceptible. Podría pasar perfectamente por un excremento de mosca, pero no es tal cosa, porque no ha podido ser borrado pese a todos nuestros esfuerzos. Es tinta de impresión. No me puedo explicar cómo diablos han podido dejar pasar esto los que vigilan las tiradas.

—Podría ser que no estuviese en todos los billetes, señor —dijo Carrington.

—Absurdo, hombre —masticó el puro hasta convertirlo en finas hebras y lo arrojó al cesto de los papeles con gran irritación—. No van a tener varias planchas perfectas. Eso es imposible. Se consigue una al cabo de varios meses de trabajos forzados, pero no más. Debiera saberlo usted.

—No; yo no, señor. No soy un agente del Tesoro del Tío Sam. Soy un especialista en coger ladrones de Bancos nacionales y trapisondistas que roban coches y los pasan a otro Estado. Eso soy. Debiera saberlo usted.

—Los del Tesoro han estado ya aquí —dijo pensativo su jefe—. Quieren que colaboremos con ellos. Pues lo haremos. Y lo hará usted.

—Bueno, para eso me pagan. ¿Qué hay del grabador? Un hombre así no se encuentra todos los días tomándose un café en un bar. Algo hay que saber acerca de un tipo tan grande.

—No es de aquí, a menos que sea muy joven —dijo el inspector jefe, poniéndose en pie y haciendo rodar su corpachón de un lado a otro del despacho. Por fin, se acercó a la ventana y prosiguió—: No es de aquí, a menos que sea muy joven y desconocido, por tanto, para nosotros. Y ese trabajo no es propio de un joven.

—Estoy de acuerdo, señor —dijo el inspector levantándose también—. Bueno, me hago cargo. Tendré que ver a los del Tesoro y pedir ayuda a la Policía inglesa, francesa y además. Supongo que no sacaremos nada en limpio, pero, por le menos...

—Trabaje lo más rápido que pueda, Carrington —le rugió Tantall—. No quiero que la prensa se eche encima de nosotros como con aquel asunto de *Cross*.

—Bueno; pero no puedo hacer milagros.

Y se marchó del despacho, silbando como cuando entrara. Carrington era un buen mozo, de seis pies de estatura, de hombros proporcionados a esos seis pies, un pelo rubio oscuro que le caía siempre por cualquier parte de la cabeza sin respetar raya ni agua, y unos ojos grises que solían contemplar al mundo con un optimismo verdadero. Tenía treinta años, había hecho la guerra como piloto de un bombardero y no había recibido ni un rasguño. Luego, incorporado al

F. B. I.;

después de un duro aprendizaje en Quántico, se había hecho cargo de un par de casos difíciles, que le habían valido el ascenso a inspector. Era, pues, uno de los más jóvenes en el cargo.

Aquella mañana, desde su despacho, una piececita pequeña, pero muy soleada, empezó a dar órdenes. Diferentes notas a cada uno de los países de donde hubiera podido llegar el falsificador, y una búsqueda perfecta en todos los Bancos de la nación. Cuando el F. B. I.,

se pone a trabajar, no conoce fronteras ni límite de gastos. Todo lo hace a lo grande. Resultado: Coge más criminales que cualquier otra Policía del ancho mundo.

Y aquella misma tarde empezaron a llegar noticias. Un Banco de Kansas City envió dos billetes con el mismo puntito. Pero un Banco de Omaha envió dos billetes, uno de los cuales había de ser verdadero, con la misma numeración. El inspector Edwin Carrington lanzó una sonora interjección y se revolvió furiosamente el pelo: «Ninguno de los billetes tenía la motita». Y, sin embargo, uno de los dos era falso.

—Es mi mala suerte —le explicó a su ayudante, un joven muy despierto, que se llamaba Brewster—. Encuentro un caso y no me ayuda en nada la Providencia.

—¿Qué significará eso, señor? —preguntó el joven—. Uno de los billetes debe ser falso. El Tío Sam no emite dobles las numeraciones.

—Claro que no, hijo. Es usted muy listo. No; lo que ocurre es que..., cójase bien a la silla, Brewster, porque le va a hacer falta. «Alguien está marcando los billetes falsos». Sí, así como suena a absurdo. Alguien pone una motita de imprenta en los billetes cuando van a salir a la luz. Y me pregunto yo: ¿Para qué? Porque no lo hace en todos los «papiros». Solamente en algunos.

Brewster estuvo pensando un rato.

—No lo sé —dijo al fin—. Quizá sea un código.

Edwin lo miró con tanta fijeza, que el joven se puso rojo como un rododendro y bajó la vista.

—Brewster, Brewster —dijo paternalmente—. No sea tan tonto. No, este asunto es absurdo desde el principio hasta el fin. Billetes fabricados tan bien como pudiera haberlo hecho el Departamento

de Tesorería que se ocupa de esa desagradable labor, y que, sin embargo, son marcados por alguien a fin de que sean conocidos.

—A no ser que sea un efecto casual —sugirió su ayudante.

Recibió la misma mirada, y otra vez se puso colorado.

—Brewster, un día de éstos lo voy a mandar de nuevo a Quántico para que le den clases de lógica. ¿Cree usted que una mancha casual se pasaría exactamente en el mismo sitio en varios billetes? Hombre... No, hijo —añadió, a pesar de que sólo llevaba cinco años al otro—. En las cosas absurdas, lo mejor es emplear la cabeza. Siempre nos encontramos con que son perfectamente lógicas al final. Es cuestión de ángulo de enfoque, ¿comprende?

—No, señor —protestó el otro valientemente.

—Pues déjame pensar.

Durante cinco minutos estuvo mirando por la ventana distraídamente, mientras Brewster contemplaba con mirada ansiosa aquel interesante proceso cerebral. Por fin, con una sonrisa contagiosa, se volvió a su ayudante.

—Brewster, me parece que di en el clavo.

Cogió el teléfono y pidió un número.

—Oiga, póngame con alguien de huellas.

Cuando tuvo comunicación, prosiguió:

—Escuche. Deme todas las direcciones y nombres de los mejores falsificadores que hayamos tenido. Los quiero vivos, ¿eh? Los muertos no me interesan para nada.

Esperó un poco, y luego colgó. La mirada de Brewster lo seguía constantemente, pidiendo explicaciones; pero él no le hizo caso. Al poco tiempo, un ordenanza llegaba con una lista en la mano. La dejó sobre la mesa y se marchó.

—Veamos —dijo Carrington. Leyó durante un rato y luego volvió a coger el teléfono—. Póngame con el inspector jefe Tantall —ordenó al telefonista—. Oiga, señor; ya sé algo del asunto. No, espere, no crea que es una broma. Me bastó con usar la cabeza. Alguien de los que están trabajando en esa banda no se encuentra a gusto y marca los billetes para avisar a la Policía. Pero no puede hacerlo siempre. Por eso hay algunos que no tienen señal. Ninguno de los grabadores que han tenido agarradas con la ley puede ser éste. No sé si lo será alguno de los honrados. He llegado a pensar en alguien del Tesoro, alguno de los técnicos.

—Sáquese eso de la cabeza, testarudo, desconfiado. Los grabadores y técnicos son perfectamente escogidos.

—No sería el primero que se hubiese colado de rondón, señor —respondió Edwin sin perder la paciencia—. En fin, buscaré por otro lado.

Colgó el teléfono y se volvió a su ayudante.

—Ya lo sabe. Eso es lo que pienso. Dedíquese a hacer que se envíen nuevas notas a las Policías de por ahí para que nos manden listas de técnicos en grabado. Porque no creo que el que se molesta sea un aprendicillo cualquiera. Ése se presentaría aquí y denunciaría la cosa. No; creo que es un pez gordo.

Y se marchó a comer. En el mismo edificio había un restaurante y en él consumió media docena de emparedados de lechuga y de pollo y trasegó tres cafés. Luego decidió ir a hacer la digestión a algún lugar tranquilo.

En realidad, en la avenida de Virginia solamente se halla la división de huellas digitales, pero el inspector jefe Tantall se había empeñado en que el polvo que levantaban los albañiles en el Departamento de Justicia al arreglar unas habitaciones cercanas a su despacho le provocaba alergia. Por eso, provisionalmente, tenía allí un despachito.

Caminó por la Calle Tercera, hasta alcanzar la avenida de Pensilvania, dejando a la derecha el Capitolio, y siguió por ella hasta la Casa Blanca. Dudó un momento entre quedarse allí, sentado en un banco, o seguir; pero decidió continuar. No obstante, en la plaza de Lafayette aflojó el paso.

Caminando por entremedias de los centenares de palomas, que de cuando en cuando se lanzaban históricamente al aire en bandadas cerradas, caminaban una muchacha y un hombre. Ella... Bueno, mejor no hablar. Los ojos de Edwin expresaron su admiración y sus labios se fruncieron como para un silbido. Sólo que el silbido fue mental.

—Caramba —dijo en voz baja—. Eso sí que es una mujer. No parece inglesa.

Vio cómo la joven y su acompañante se paraban ante la estatua de Lafayette, que, con gran apostura, la mano en el sable, contempla impávido las más pequeñas de Kosziusko, Rochambeau, Jackson y Van Steuben, que ocupan, más humildes, los cuatro

ángulos de la plaza.

Y entonces llegó a sus oídos la voz de la muchacha. Desde luego, era la única voz que se merecía aquel cuerpo y aquella cara. Hablaba en francés con fluidez.

—Vaya, ésta es mi buena suerte —declaró Edwin a una paloma que se le acercaba para picotearle los cordones del zapato. Porque Edwin había hecho toda la campaña de Francia y se había entretenido en aprender el idioma. Y viendo que el acompañante de la joven contestaba en un francés bastante malo, decidió intervenir con todas sus baterías pesadas.

Se quitó el sombrero al llegar hasta ellos y señaló la estatua con un gesto de cicerone.

—Es la estatua de Lafayette. Lafayette era un general francés que...

—... que ayudó a los americanos contra Inglaterra. Lo sé, *monsieur*. ¿Es usted un guía? No lo parece —terminó la joven en un inglés muy correcto, pero al que el acento cargado en la última sílaba le daba un encanto muy difícil de explicar.

—No soy ningún guía. Es que creí que no sabía usted quién era.

—En Europa se aprenden cosa.

—Pero no estamos en Europa.

La joven se echó a reír.

—Qué cosa chusca —dijo—. Bueno, pero puede usted explicarme quiénes son los demás. A Rochambeau lo conozco.

—Yo no. Pero si me deja que lea las inscripciones, se lo diré.

Rieron, esta vez los dos. El acompañante de la joven, un hombretón enorme, pareció enfadado.

—No tiene usted que hablar con nadie; eso es lo que digo yo. Su padre dijo, dice; «Que no hable con nadie,» Eso es. Buenas tardes, amigo.

Edwin Carrington se lo quedó mirando. Se estaba preguntando las razones de tan feudal costumbre paternal y también por qué aquel gordo llevaba un revólver de desusado tamaño en una funda sobaquera. No son necesarias armas para andar por Washington.

—No se enfade, Fes...; no se enfade —dijo la joven—. No hemos hablado más que de Lafayette.

—Pues lo que yo digo es que..., lo que yo digo es que no tiene usted que hablar con nadie; eso es lo que yo digo. Amigo, puede

largarse por ahí.

—La plaza no le pertenece —declaró serenamente Edwin—. *Mademoiselle*, ¿ha visto la Casa Blanca? Y algunas otras cosas le podría enseñar. ¿Estará mucho tiempo aquí? —preguntó cortésmente.

Antes de que la muchacha pudiera contestar, el gordo la cogió por el brazo. Ella pareció que iba a protestar. Sus ojos brillaron furiosos, pero, casi instantáneamente, se calmó y se dejó llevar. Pero Edwin no era hombre capaz de aguantar ciertas cosas.

—Gordo —dijo—. Suelte a la chica. Suéltela he dicho.

El gordo se revolvió hacia él e hizo ademán de llevarse la mano al sobaco, pero no llegó a terminar el movimiento. El brazo de Carrington se movió con la velocidad de un relámpago y su puño golpeó al gordo en la mandíbula. Fue un golpe de coz, pero lo más que consiguió fue que Festos se tambalease. El tipo era duro.

No es muy corriente ver a dos hombres peleando en la plaza de Jackson. Algunos chicos gritaron y sus nurses se apresuraron a apartarlos de allí. El policía de facción en la esquina de la calle H y la avenida de Vermont, se aproximó corriendo.

—No intente usted sacar la pistola, amigo —le dijo Carrington al otro, viendo que se aprestaba a lanzarse sobre él—. Tendré que preguntarle por qué lleva armas y si tiene licencia para ello.

El gordo contestó con un golpe que, de haber alcanzado a Carrington, lo hubiese lanzado a tierra, pero el inspector se apartó a tiempo y Festos perdió el equilibrio al no tropezar con nada. En aquel momento llegó el policía.

—Bueno —gritó, enfadado—. Hay sitios mejores en los que partirse la crisma, no delante de los niños. ¡Quietos o empiezo a sacudir!

Había sacado la porra de goma y se preparaba a utilizarla eficazmente con el gordo, cuando Carrington le enseñó la chapa. Inmediatamente cambió de actitud.

—Presenta usted la denuncia, ¿verdad, señor? Él tuvo la culpa.

—No quiero ninguna denuncia —replicó Edwin. Y se preguntó por qué habría palidecido el gordo cuando vio la chapa del F. B. I.

—. Sólo quiero que se asegure de si tiene licencia para portar armas.

La tenía. La presentó con el gesto hosco del hombre que se ha visto molesto innecesariamente. La licencia decía: «Guarda particular nocturno», lo cual era, evidentemente, mentira. Pero no se podía hacer otra cosa.

La muchacha había asistido a toda la escena con los ojos muy abiertos y Carrington se dio cuenta de que estaba muy dudosa. Ahora, al cogerla el gordo del brazo para volver a echar a andar, él vio en sus pupilas algo, algo extraño.

«¡Por Cristo! —se dijo—. Me gustaría saber qué diablos pasa con todo esto». Pero ahora sabía el nombre del gordo y su dirección, por haberlo visto en la licencia.

Al coger a la joven del brazo el gordo, el bolso de la muchacha cayó, al suelo y se abrió. Tanto Festos como Edwin se agacharon, de manera que sus caras casi se tocaron, pero Edwin llegó antes. Cuando entregó a la chica el contenido del bolso se estaba preguntando por qué llevaba varios billetes de cinco dólares. Su vista de paloma había distinguido la motita en uno de ellos.

—Adiós, madeimoselle —dijo—. Creo que nos veremos alguna otra vez.

CAPÍTULO IV



MONSIEUR Jules Girbal, alias Jules Garbín, penetró en la habitación a cortos pasitos medidos. Echó una ojeada a su alrededor, buscó un sillón y se dejó caer en él. Luego procedió a liar un cigarrillo. Le gustaba el oloroso tabaco de Virginia, pero prefería hacerse los pitillos él mismo, como en su país.

La estancia era grande, cuadrada y estaba profusamente amueblada. Profusamente y con un gusto un tanto dudoso, que hería la sensibilidad artística de Girbal. Encontrarse el colonial y el Victoriano, con un poco de isabelino en una misma habitación era una bofetada para él. Acostumbraba Girbal a molestar a míster Clark Harris con sus ironías, porque fue quién se preocupó de buscar los muebles, atendiendo preferentemente a la cantidad y dejando la calidad a un lado.

Una gran ventana daba sobre el parque particular. Ahora ya sabían que estaban en algún punto de la carretera número 123 del Gobierno, en una extensa propiedad que pertenecía a míster Marko Rice, el hombre que gobernaba sus destinos a su antojo. Pero tanto Girbal como su hija habían tomado las cosas con una flemática filosofía que los ayudaba a soportarlo todo.

La joven entró en este momento, acompañada del gordo Festos, que parecía tan enfadado como un lince al que tiran a una piscina. Venía hablando a grandes voces.

—Lo que yo digo es esto, y sanseacabó; eso es lo que digo: que si vuelve usted a trabar conversación con otro hombre, por Cristo, que se lo diré a Rice, para que él haga lo que quiera, eso es lo que digo.

—No grite tanto —dijo Girbal, poniéndose las manos en los oídos—. No somos sordos. ¿Qué ha pasado, hija?

—Un hombre joven y guapo se empeñó en hablarme en la calle —repuso la joven, despojándose del sombrero y arrojándole con excelente puntería sobre una silla—. Un sol de muchacho, eso es lo que yo digo.

El gordo se puso de tal manera, que Girbal creyó que iba a empezar a repartir puñetazos a cosas y personas. Procuró calmarlo.

—Barbe —ordenó, autoritariamente paternal—. Te prohíbo que hagas burla de míster Festos y que hables a nadie en la calle, te lo prohíbo.

Barbe se mostró muy compungida.

—Lo siento, Festos —le dijo, haciendo mohines—. No era mi intención ofenderlo, de veras. No volverá a ocurrir lo de hoy.

—¿Qué es lo que no volverá a ocurrir? —preguntó una voz desde el umbral.

Se volvieron. Allí estaba Clark Harris, con sus ostentosos trajes de costumbre y con una corbata irisada, cuya sola vista le hacía sentirse a Girbal con cierta predisposición hacia la oftalmía.

—¿Que qué ha pasado? —preguntó Festos, volviéndose hacia el otro, y aunque se le estaba pasando ya la ira, trataba de mantener aún el rescoldo de la cólera—. Pues esto es lo que ha pasado. Un tipo, esto es lo que era, un tipo, se puso a hablar con ella en la calle. Y ella le contestó, eso es lo que hizo.

—Y Festos se vio obligado a pelear con él —dijo la joven.

Clark Harris había palidecido y sus ojos brillaban como dos faros

de peligro.

—¡Triple idiota! —gritó a su compañero, venenosamente—. ¿No te he dicho que no armes escándalo en las calles? ¡Imbécil de gordo estúpido, que no tiene ni tres dedos de frente! Y vendría la Policía, claro, ¿no es así?

—Él era la Policía —dijo la joven, revolviendo el puñal en la herida con una inocencia encantadora—. Al menos, mostró algo así como una chapa.

El gordo Festos bajó la cabeza, completamente abrumado. Harris dio dos pasos al frente, sacó su pistola y la dejó caer con violencia sobre la mejilla de Festos. Éste dio un respingo, un traspié y siguió en la misma postura de carnero mohíno. Era evidente que aguantaba el castigo porque se lo había merecido.

—Conque un polizonte, ¿eh? —repitió heladamente Harris.

—Un federal —dijo quedamente Festos—. Me pidió la licencia de armas.

Esta vez la culata de la pistola descendió sobre su cabeza, haciéndole caer de rodillas. Tanto Girbal como su hija habían resuelto hacía mucho tiempo hacer todo lo posible porque los falsificadores se devorasen unos a otros como lobos, pero este castigo era demasiado grande. Girbal iba a intervenir, cuando la muchacha lo cogió por el brazo.

—No seas loco —le murmuró—. Quédate quieto.

Harris se volvió hacia ellos, con los azules ojos llenos de ira todavía.

—No volverá usted a salir en mucho tiempo —le anunció.

Harris estaba bastante enamorado de la joven, pero temía a su jefe más que al mismísimo diablo. Barbe inclinó la cabeza en ademán de pesadumbre. Aún no había perdido la esperanza de conquistar tan completamente a Harris, que éste hiciese lo que ella quisiera.

Harris dio media vuelta y salió, seguido del vacilante Festos. Los dos franceses quedaron solos.

—Ésas son buenas noticias, hija —dijo Girbal.

—¡Y claro que sí. «Hélas»! Cuando vi aquella placa sentí como si estuviese tomando un baño un día de mucho calor. Me ingenié para dejar caer mi bolso, aun cuando no sé si servirla para algo el que vieran los billetes. Lo más seguro es que nadie se haya apercebido

todavía.

—No lo sé. —Girbal encendió un nuevo cigarrillo y se acercó al ventanal—. Esas cosas suelen tardar bastante en descubrirse, pero siempre a la larga, la Policía se da cuenta. Ya llevamos seis meses aquí y hace cuatro que la plancha quedó terminada.

—Ahí viene «Quasimodo» con la comida —dijo la joven, bajando la voz.

Como hacían siempre, desde el primer día en que les quitaron la vendas en la casa, la entrada de aquel ser les producía una extraña sensación, mezcla de otras muchas. Asco, compasión, repulsión... Una «melée» de sentimientos, muchos de ellos opuestos entre sí, como la compasión y el odio.

La joven lo había bautizado con inevitable acierto. Era un Quasimodo perfecto. De haber sido artista, el inglés Charles Laughton no hubiera necesitado molestarse para interpretar «Notre Dame de Paris», porque éste era el Quasimodo que Víctor Hugo pensó.

Ninguno de los franceses sabía la edad que tendría. Quizá cuarenta o cincuenta años, pero era imposible saberlo. No tenía un solo pelo en la cabeza, barba ni bigote, cejas ni pestañas. Una enorme joroba despistada, le nacía sobre un hombro y se elevaba como una cúpula de carne. Dos ojos increíblemente pequeños, con los párpados casi como las membranas de las aves, miraban fijamente delante de sí y la boca se retorcía en una perpetua mueca, enseñando dos o tres dientes amarillos y sucios. De cuando en cuando, una lengua de color de rosa, como las de los animales asomaba por entre la quebradura de la boca —no tenía labios— y se lamía hacia arriba en un movimiento epiléptico.

Iba en mangas de camisa, y dos brazos, a los que parecía haber emigrado el cabello de la cabeza, monstruosos, marcándose los músculos como nudos de los árboles, colgaban a ambos lados del cuerpo, balanceándose según andaba, y tropezándole en las piernas, más abajo de las rodillas. Llevaba un pantalón caqui, del Ejército, y calzaba huaraches. Su estatura pasaba de los cinco pies cuatro pulgadas, de manera que, sin joroba, aquel hombre hubiera sido gigantesco. Y en él no se observaba en absoluto ninguno de esos síntomas tuberculosos de la mayoría de los corcovados.

—Hola —articuló trabajosamente.

Ya habían tenido tiempo de observar que aquel hombre no era tonto, como hubiera podido creerse al verle la estampa. Si degenerado físicamente, aquella degeneración no le había alcanzado el interior. Pero su mente era unidireccional, es decir, que sólo en una dirección funcionaba: cumpliendo las órdenes de Rice a rajatabla. Nadie más le podía dar órdenes, porque no obedecería. Es más, podía enfadarse y entonces se parecía a un tifón de Florida.

—Hola —dijo Girbal diplomáticamente.

Hasta ahora no habían tenido ningún roce con «Quasimodo», cuyo verdadero nombre, por otra parte, era Thomas Calizo, y era descendiente de pieles rojas.

El monstruo hizo una seña y uno de los secuaces de Rice, que funcionaba como pistolero y como ayudante de cocina, pasó con la mesita de ruedas que contenía la comida para los prisioneros.

La joven destapó varias fuentes niqueladas y fue haciendo gestos, de alegría o de desencanto, según lo que iba viendo en ellas.

—En fin, podría ser peor —filosofó, sentándose en una silla.

El «gángster» cocinero puso mal gesto y se llevó las manos a las caderas. Era un italiano que se creía un verdadero artista en cuanto le ponían en la mano una cacerola, un poco de aceite de oliva y una ristra de ajos. Sus comidas olían siempre gloriosamente a dicho sano condimento. Para la joven, acostumbrada a la manteca, el aceite le sentaba bastante ma.

—¿Qué le pasa? —rezongó el italiano—. Si no lo quiere, lo deja en paz.

—Pero si tengo apetito —protestó ella, disponiéndose valientemente a despachar la comida.

El italiano siguió refunfuñando por un momento, hasta que por fin, «Quasimodo» le puso una mano encima. Cuál no sería el peso de aquella mano, respaldada por un brazo como un aspa de molino, que el cocinero dobló una rodilla en tierra y gimió.

—Calla —sonó de las profundidades de aquella garganta. Y el italiano calló, y un momento después abandonaba la habitación.

—Gracias, Thomas —dijo la joven, sonriendo encantadoramente.

Pero malgastaba todas sus sonrisas. Aquel ser parecía no estar enterado de que en el mundo hay unas deliciosas cositas que se llaman mujeres. Para él no existía nadie más que Marko Rice, el

hombre que lo sacó de un poblado indio de Méjico, cuando sus paisanos intentaban tenerlo atado durante días y años a un árbol, porque pensaban que era un brujo maligno. Desde entonces adoraba hasta la tierra que pisaba Rice, el cual nunca se alegraría bastante de aquel momento de generosidad que le impulsó a liberar al desgraciado. Calizo no era malo. Hacía lo que se le decía, porque no tenía en absoluto nada que oponer. Si era bueno, lo hacía. Si malo, lo hacía igualmente. Y sólo tenía un vicio: leer. Leía todo lo que caía en sus manos, aunque fuesen los anuncios de los periódicos.

—Pues sí que estamos buenos hoy —dijo la joven, dirigiéndose a su padre y haciendo caso omiso de la presencia de «Quasimodo»—. Primero, el jaleo de la calle, y luego, Thomas, que se siente en uno de sus momentos de revelador silencio. Seguramente que está enfadado.

El indio la miró, pero no dijo nada. Y nadie hubiera sido capaz de adivinar lo que había detrás de aquella calzada frente y tras las membranas de ave que a veces le cubrían las pupilas.

—Di, Thomas, ¿por qué estás enfadado? —preguntó, volviéndose hacia él. El mismo silencio. Entonces se dirigió a su padre—: Ya ves, no hay manera de hacerle hablar. A lo mejor le traigo un libro el primer día que salga a la calle.

Marko Rice no quería que «Quasimodo» leyese, porque cuando se ponía a hacerlo, se olvidaba de sus obligaciones de guardián. Por eso era la joven la única que le proveía de lectura, periódicos y revistas y hasta, algunas veces, libros, que devoraba en su habitación y que luego, con profunda desesperación, tenía que quemar para que no se los descubriese Rice.

Ahora no movió un músculo, pero las membranas dejaron de tapar las pupilas y la joven, que ya iba conociéndolo, se dijo que estaba muy interesado.

—Un libro muy gordo —añadió, casualmente.

Nuevo brillo en las oscuras y redondas pupilas.

—Calla, hija —dijo de pronto Girbal, que aparecía muy pensativo.

—¿Qué te ocurre, papá? —preguntó ella, empezando a preocuparse.

Hacía algunos días que lo veía un poco pesimista. Su padre le hizo una ligera seña, indicándole la presencia de «Quasimodo» y los

dos terminaron de comer lo más rápidamente posible.

El contrahecho se llevó los chismes de la comida y se dedicó a rondar por allí, sin alejarse mucho, pero Girbal tuvo tiempo de murmurar al oído de la muchacha:

—Esta tarde vendrá Rice. Cada vez que lo hace siento escalofríos nada más que de pensar en que pudiera descubrir ese pequeño truco.

—Si yo pudiese volver a ver al joven guapo —dijo ella, pensativa—. Tengo entendido que los policías del F. B. I.

—¿no se dice así? —Son muy listos y tienen muchos recursos a su disposición.

—A ellos y a los del Tesoro es a los que toca la cuestión de los billetes falsificados —dijo su padre—. Pero nos meterían en la cárcel a nosotros también.

Hubo un silencio, que rompió la joven:

—Papá, ¿no podría yo bajar contigo un día al taller?

—Ni pensarlo, hija. Correríamos un gran peligro.

A las siete, una hora después de la comida, Girbal se despidió de ella. La joven lo miró mientras se alejaba y luego se dirigió a su habitación. A partir de entonces se quedó serio y empezó a trabajar a toda velocidad.

Sacó una maleta del armario y la dejó sobre la cama. Estaba instalada con bastante lujo, ya que Harris se había preocupado de ello. En realidad, Rice se había desentendido de ella, pero no así los demás. Una luna de Venecia, que no valdría menos de quinientos dólares, ocupaba el frente del armario, y el tocador, en la habitación de al lado del dormitorio, tenía de todo lo que pudiera exigir la dama más caprichosa. Hasta tenía cosas útiles.

Sacó la maleta y empezó a buscar en ella. De pronto lo encontró. Era una edición reducida, de bolsillo, con las obras de Alejandro Dumas. «Los tres mosqueteros», «Veinte años después» y «El vizconde de Bragelonne», todo en una pieza. Lo acarició amorosamente, con una sonrisa, cerró la maleta y salió del cuarto. Caminó por el corredor hasta llegar de nuevo a la sala y, aprovechando las últimas luces de la tarde, se puso a leer.

«Quasimodo» entró por la otra puerta y se la quedó mirando. Aunque sus facciones seguían siendo inescrutables, sus ojillos

brillaron al ver el libro y se quedó allí, quieto, atento.

La joven lo miró con el rabillo del ojo, pero no le hizo ningún caso. Continuó leyendo durante un rato y, de pronto, en vista de que la luz se acababa, dejó el libro encima de una mesita, bostezó insolentemente, tapándose la boca con una mano, se desperezó como un gatito y se puso en pie.

—Me voy a mi habitación —anunció; y salió de la estancia.

«Quasimodo» la miró marchar y se acercó, sin hacer ruido con sus huaraches, hasta donde estaba el libro. Le pasó amorosamente la mano por la encuadernación de piel, lo cogió, lo miró por todos lados, se volvió para ver si ella volvía y, por último, como si ya no pudiera soportar más, cogió el libro, se lo metió en uno de los bolsillos de la camisa y se marchó a pasos de felino. El ansia de leer había podido más que la prudencia.

Barbe vio cómo el monstruo se alejaba por el pasillo, desde la habitación en la que se había metido. Adivinaba lo que haría ahora; meterse en su cuarto y empezar a leer hasta que algo lo sacase de su abstracción. Y ese algo no podía ser menos que un terremoto o la presencia de Rice, el «claxon» de cuyo coche hacía un ruido especial.

Barbe, entonces, se dirigió pasillo adelante hasta encontrar la puerta de la cocina. Empujó ésta decididamente y vio que estaba vacía. Si el cocinero hubiese estado allí, le habría bastado con decir que iba a buscar un vaso de leche. Pero estaba vacía.

Caminó por ella hasta encontrarse ante la alacena principal, en la que había dos gigantescas neveras. Sabía que apretando un pivote en la parte baja de la alacena, ésta se movía enteramente, dejando al descubierto un pasillo largo, que conducía al sótano. Sótano de cuya existencia nadie más que los falsificadores estaba enterado.

Con el corazón palpitándole furiosamente en el pecho, se agachó y buscó el resalte. Lo encontró a la izquierda, un simple pivote muy estrecho como el producido por un nudo de la madera. Lo apretó, mientras mentalmente recitaba una oración porque su presencia no fuera descubierta. Se apartó y vio cómo la alacena giraba pausadamente.

Un pasillo de mampostería se ofreció a su vista. Entró en él y buscó a su derecha, en la penumbra. Allí encontró otro pivote, del que partía un cable eléctrico. La manera de cerrar y abrir desde

dentro del pasillo.

Una vez segura la retaguardia, procedió a caminar por el pasillo. Éste estaba alumbrado en toda su extensión por una solitaria bombilla de sesenta vatios, lo que no era gran cosa si se tiene en cuenta que tenía más de veinte yardas de longitud. El pasillo desembocaba en una escalera espiral, cuyas baldosas y muros eran ya de piedra.

La joven se movía en las tinieblas con decisión, pero con un pánico loco. Tanto ella como su padre se verían expuestos a feroces represalias si se llegaba a saber que había penetrado en el «sancta sanctórum» de los falsificadores, pero no tenía más remedio que verlo todo. Una loca idea había empezado a germinar en su cabecita aquella tarde, a raíz del incidente con el policía federal.

La casa, enclavada en la carretera número 123 del Gobierno, estaba totalmente rodeada por un parque muy extenso y frondoso en primavera y verano. Tenía, lógicamente, dos puertas: la principal y la de los proveedores. Estaba, además, separada de la más próxima vivienda casi una milla. La puerta trasera estaba cerrada siempre con una llave, que tenía Harris en su llavero. La puerta de delante, con otra que tenía Fastos, y no había poder humano capaz de robarles esas llaves a ninguno de los dos. Luego quedaba, además, la puerta de la carretera, la del parque, porque de lo contrario hubiese sido fácil huir por las ventanas. Una valla de fábrica de cinco yardas de altura, cerraba la posesión. La huida era, pues, imposible. A no ser que...

Bajó cincuenta y dos escalones. Su padre le había facilitado todos estos detalles en sucesivas conversaciones. Ahora, por ejemplo, sabía que estaba tratando de grabar una plancha para un billete de diez dólares, un trabajo muy delicado. Al mismo tiempo, en ratos de «ocio», Rice le obligaba a trabajar en el grabado de un sello norteamericano: el número seis, un trabajo difícilísimo y casi imposible para otro que no fuera Girbal, porque tiene dos colores, lo cual significa dos planchas diferentes.

Cuando contó el escalón cincuenta y dos, después de haber pasado tres solas bombillas, llegó a una gran sala cuadrangular, de piedra. La temperatura era bastante baja allí. Comparada con el clima veraniego de Washington, aquel fresco era agradabilísimo. Enfrente de ella vio una puerta, y a la derecha, otra. Sin ruido se

aproximó a la de enfrente.

Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:

AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ENCANTARÁ A TUS HIJOS!

CAPÍTULO V



L Inspector Edwin Carrington, de los federales, se acercó silbando al número 63 de la avenida Cleveland, pasando al lado de los jardines de la catedral. Ésta se alzaba, poderosa y débil al mismo tiempo, derramando sus aiosos arbotantes a su alrededor como las patas de una araña gigantesca. A su lado, escondidas entre el verdor del parque, las casitas de puntiagudo tejado de los colegios catedralicios.

Alcanzó el número y se detuvo ante una casa de tres pisos. Examinó las tarjetas y descubrió lo que buscaba. Allí estaba: Herry Class. Éste era el nombre que leyerá en la tarjeta de portador de armas de aquel tipo el mismo día. Subió las escaleras hasta hallarse en la puerta trasera del segundo piso y llamó fuertemente. No hubo contestación y repitió la llamada. Igual silencio.

La puerta de al lado se abrió y una mujer rubia y atractiva, con una bata de casa muy ceñida al esbelto cuerpo, se asomó.

—No hay nadie —dijo—. Puede estar completamente seguro de ello.

—Por supuesto. Oiga: ¿no podría decirme a qué horas viene míster Class? Es muy urgente lo que me trae aquí.

Ella lo miró atentamente y decidió que no era un vendedor de seguros cualquiera. Llevaba bien sus ropas y éstas eran buenas, probablemente inglesas.

—Le diré que no lo sé, míster. Acostumbra a no tener hora acostumbrada para venir —sonrió, tratando de pasar por una mujer muy Ingeniosa—. Y algunas veces viene a las cinco de la mañana y bebido.

—Es un hombre alto y gordo —sugirió el inspector.

—Y claro. Un tipo que parece un hipopótamo. Nada simpático, créame, míster.

—Gracias —quedó pensativo un momento—. No hace falta que le diga que he venido, señora —dijo—. Quisiera darle una sorpresa —y le dirigió una sonrisa devastadora, a la que ella contestó con una réplica exacta, pero más dulce.

—No lo diré. Y llámeme señorita. Eso es lo que soy.

Ya en la calle, el inspector se paseó por los jardines de la catedral, repletos de niños en aquel momento. Dos o tres funcionarios de la Embajada china, situada a pocas yardas de allí, en la calle de Woodley, pasaron por su lado hablando rápidamente. A sus oídos llegaron palabras como «Corea» y «Japón». Luego, de pronto, vio a la rubia, que salía muy airosa, con un ajustado traje de primavera que moldeaba sus formas de Juno mortal y con un contoneo muy expresivo de caderas. Esperó a que hubiese doblado la esquina de Klinge y volvió a la casa.

Esta vez no se entretuvo en llamar, sino que sacó algunas pequeñas herramientas. Introducida en la cerradura una de ellas —una barrita redonda por un lado y aplastada y doblada por el otro—, abrió la puerta. Esas herramientas las fabricaban los mejores ganzuístas expresamente para los federales. Solamente ladrones de gran fama tienen semejante bagaje, porque son carísimas.

Entró en un *«living»* de tamaño de bolsillo, con un par de sillas y una percha, y pasó a un dormitorio, cuya cama se veía toda

revuelta, pero al pasar la mano por las ropas vio que hacía algún tiempo que no estaba ocupada, porque se manchó de polvo finísimo. Se veían algunas prendas de vestir tiradas por todas partes y un par de tirantes rotos colgaban de una silla. También, en una cuerda que se ajustaba a un gancho en el alféizar de la ventana, colgaba una botella, puesta allí para que el movimiento provocase la evaporación y el frío consiguiente. La botella estaba a medias llena de «*whisky*» barato.

También tenía polvo. El ocupante de la pieza hacia algún tiempo que no dormía ni vivía allí. Se preguntó si volverla alguna vez.

Se dirigió al armario empotrado y lo encontró cerrado. Un nuevo ruego a las ganzúas, y éstas le abrieron el camino. Tenía una chaqueta de color castaño colgada de una percha y un fardo en el suelo del mueble. Lo cogió y lo sacó para examinarlo. Pero antes corrió los visillos de la ventana para no ser observado desde alguna de las casas fronteras.

El paquete estaba cubierto por un papel fuerte, de color castaño, y atado con un bramante bastante grueso. Edwin desató los nudos y desenvolvió el papel. Lanzó un leve silbido de sorpresa.

Contenía una caja de cartón, como las que se usan para guardar zapatos, y dentro de esta caja había dos fajos de billetes de cinco dólares. Edwin los revisó con apresuramiento y descubrió en varios de ellos la motita negra de tinta de imprimir. Aquellos billetes, por lo menos gran parte, eran falsos.

—¿Encontró lo que busca o necesita ayuda? —preguntó una voz a sus espaldas.

Era una vez profunda, subterránea, que ya había oído en otra ocasión. Lentamente, sin precipitarse, se volvió hasta quedar frente al individuo que había entrado en la habitación sin hacer el menor ruído. En la mano derecha del hombre gordo había una pistola automática «Coto».

—Ya lo encontré —repuso serenamente, pensando cómo se las arreglaría para atacar al otro sin encontrarse con más agujeros que un colador a los cinco segundos.

—Pues de poco le va a servir, es lo que yo digo —respondió el otro—. De poco le va a servir; sí, señor.

La rubia había pasado por detrás de las espaldas del gordo y observaba la escena tranquilamente. Edwin la miró.

—Conque iba usted a avisar, ¿eh? —preguntó—. ¡Qué lástima! Bien; pensé que es que le había gustado yo.

—Y me gusta, guapo; pero los negocios son los negocios.

—Levante las manos hasta cogerse la nuca, amigo —dijo el gordo Festos.

Cuando el federal obedeció se le aproximó, balanceando la panza, y le dio un golpe con el cañón de la pistola en la cara. Edwin lanzó un gemido y cayó de rodillas. Otro golpe en la nuca y rodó por el suelo. Festos se limpió el sudor y se volvió a la rubia.

—Me avisaste a tiempo —dijo—. Este bastardo había encontrado los billetes.

—Policía, ¿verdad? —preguntó ella, mirando el cuerpo.

—Del

F. B. I.

—respondió.

La rubia se estremeció.

—No quiero meterme en líos con el Gobierno —dijo—. No quiero. Nadie puede obligarme a ello.

—Ni nadie te obliga, Maggie, nadie te obliga. Es lo que yo digo. Digo que nadie tiene derecho a obligar a los demás.

La joven dio una patada en el suelo.

—Que intente hacerme algo alguno de vosotros y veréis quién soy yo. No quiero más líos y no me meteréis en ninguno más.

El gordo pareció muy paternal y le dio unos amistosos golpecitos en el hombro.

—No te preocupes. Maggie, que nadie piensa hacerte daño. Anda, ayúdame a llevar a este jovencito al coche, eso es. Como si estuviera borracho y nosotros, sus amigos, lo llevásemos a su casa, eso es.

La muchacha dudó un momento, pero luego pareció decidirse. Entre los dos levantaron el cuerpo inanimado y lo sacaron a la escalera. Antes el gordo cogió el paquete, envolviéndolo de cualquier manera.

En la calle esperaba un «Buick» cerrado, en el que metieron al inspector. El gordo se sentó al volante y puso el coche en marcha a toda la velocidad permitida. Cruzaron el río por el puente de Cáhin, montado a caballo sobre la isla de Chasepeake, y enfilaron la ruta 123 hasta llegar a su punto de destino. Allí, de nuevo, el gordo

cogió por debajo de los sobacos al desmayado agente y lo metió en el parque. Un momento después estaban dentro de la casa.

Barbe Girbal empujó silenciosamente la puerta, batiéndole el corazón en el pecho como un tambor de la guardia imperial a causa del miedo. No obstante, era una chica que llevaba a cabo lo que comenzaba, cayese quien cayese, no importa el pánico que pudiese sentir.

Era ésta una habitación pequeña, antesala del verdadero taller. A ella daban varios cuartitos, en los que se guardaban las herramientas y que servían igualmente de almacén de papel. Abrió la puerta de uno de éstos, para un caso de necesidad y se dirigió al taller.

Éste, una habitación enorme, alumbrada por tres bombillas en el techo, estaba ahora vacía, a excepción de su padre, que trabajaba ante una mesa grande, sobre la que había un portátil con una lámpara potente. Tenía puesta una visera verde y su mano se movía lentamente sobre algo que había sobre la mesa.

Aquella pieza estaba llena de máquinas, de mesas, de cubetas enormes que contendrían —supuso— ácidos y de otros chismes, cuya exacta naturaleza sólo podía conjeturar. Lo único que reconoció fue una gigantesca prensa, que ocupaba uno de los rincones de la habitación.

Girbal levantó la vista y la fijó vagamente en su hija, como si estuviese desenfocada. Pero al instante dio un salto y se precipitó hacia ella.

—¡Loca! —chilló, perdiendo su calma habitual—. ¡Loca, más que loca todavía, «nom d'un

nom»! ¿No comprendes que nos comprometeríamos gravemente si te llegan a encontrar aquí? ¿Crees que podemos jugar con Rice?

—No chilles —susurró ella, echándole los brazos al cuello, para evitar que siguiera armando escándalo—. He venido porque tenía una idea.

Hasta ellos, y debido a las condiciones acústicas del sótano, llegó el ruido de pasos en la escalera. Ambos se pusieron pálidos y Girbal, inconscientemente, apretó a la joven aún más contra su pecho. Pero sólo fue un momento y el sentido común se impuso. La joven se

desasí y echó a correr hacia la antesala. La puerta que se había dejado abierta, la que daba a un cuartito, en el que se guardaban aperos y herramientas, se ofreció a su vista.

Los pasos resonaban ya casi al final de la escalera cuando ella, jadeando, espantada, cerró la puertecita detrás de sí. En aquel momento, Rice, «Quasimodo» y Harris aparecieron. Por el agujero que servía para asegurar la puerta pudo verlos perfectamente.

—... y tuvo que marcharse en seguida, señor —decía Harris—. Yo no sé para qué era, pero me dijo que algo muy urgente.

—Engendros de Satanás —dijo fríamente Rice—. Sólo inútiles tengo a mi alrededor. Thomas, con sus estúpidas lecturas, de las que ni siquiera comprende una palabra; Festos, con su manía de perseguir constantemente a las mujeres, y tú al que confié la dirección de la casa, correteando idiotizado tras de la chica. La próxima, Harris, será la última. No volveré a permitir eso.

Harris pareció por un momento que iba a responder airadamente y abrió la boca para hacerlo, pero en ese momento apareció Girbal en la puerta del taller.

Rice no saludó siquiera. Miró heladamente al francés y alzó la mano.

—Creo que está usted intentando evadirse de su compromiso, Girbal —dijo, con aquella manera repelente de hablar que tenía—. Y no pienso consentirlo.

La joven sintió que un sudor frío le corría por la frente. Si aquel hombre se enteraba de lo de la motita de tinta de imprimir, con toda seguridad que los tiraría al Potomac con una piedra atada a los pies.

—¿Por qué, míster Rice? —preguntó Girbal.

—Entremos.

Y el ruido de las voces se apagó al cerrarse la puerta del taller. La joven esperó un minuto y luego, lenta, muy lentamente, fue abriendo la puerta para intentar ganar la escalera mientras los otros estuviesen entretenidos.

Las jambas no hicieron el más leve ruido. Su esbelto cuerpo atravesó el umbral y, en puntas de pie, fue avanzando hacia el remate de la escalera. Iba calzada con unas ligeras zapatillas de tenis con la suela de goma, que no producían ningún ruido.

Dos pasos le faltaban para llegar al primer peldaño, dos pasos

nada más y lo conseguiría. Tan silenciosamente como la anterior, la puerta del taller se abrió y Harris apareció en ella.

La joven se puso lívida y quedó tan quieta como una estatua. Sólo sus ojos brillaron en el pálido óvalo de su rostro.

Harris puso cara de asombro, pero ni una sola palabra salió de sus labios. En vez de ello dio un paso en su dirección. «Aquello — pensó Barbe desesperadamente— era el final». Gritaría y Rice se enteraría de su presencia en el sótano.

El brazo de Harris se tendió, indicando la escalera. Era un movimiento elocuente, que no admitía réplica. Barbe era lista, muy lista, y lo comprendió al momento. No había malgastado en balde todos sus trucos de seducción con aquel hombre. Llegado el momento, él respondía así.

No se hizo repetir la orden. Subió precipitadamente los escalones, procurando no hacer ruido, llegó jadeante, con el corazón latiendo de una manera desaforada, a su cuarto. Una vez allí, se dejó caer en el lecho y se tapó la cara con las manos.

No sabría nunca cuánto tiempo transcurrió hasta que oyó una ligera llamada a la puerta. Creyendo que sería su padre fue a abrir —casi siempre se encerraba con llave—, pero en la puerta vio la alta figura de Harris. Éste, con la cara adusta, seria, pasó dentro, empujándola ligeramente, y cerró tras de sí.

Harris no le había desagradado en principio a Barbe. Era un hombre bien parecido, en cierto modo, aun cuando sus trajes y corbatas fueran de un gusto muy discutible. Tenía los ojos grises, el pelo rubio y sedoso y era, ciertamente, apuesto. Por regla general, cuando sus ojos se posaban en la joven francesa, ésta entendía perfectamente el mensaje que él intentaba enviar: que estaba enamorado de ella como un Romeo que llevaba una pistola bajo la axila derecha en vez de una espada al cinto.

Pero ahora estaba bastante serio. La joven esbozó una sonrisa, decidida a agradecerle de una manera convincente el que la hubiese dejado escapar, y decidida también a proseguir la conquista, hasta que el pistolero cayese a sus pies dando golpes con la frente en el polvo.

—Bien, paloma —dijo, con frialdad—: ¿le ha gustado lo que vio abajo? Venía siguiéndonos, ¿verdad?

Barbe comprendió que sería mejor que Harris pensase que ella

los había seguido. Así no complicarla a su padre. Afirmó con la cabeza, con toda la gracia de que fue capaz, y era bastante.

—Sí —dijo por fin, clavándole las azules pupilas—. Siempre he tenido gran curiosidad por saber cómo era aquello, pero... nunca me dejan y no sé por qué. Yo también podría ayudar.

—Si Rice se entera de que usted ha estado en el sótano, no iba a ver salir muchas más veces el sol de ahora en adelante —respondió el otro, mirándola con la frente fruncida—. No vuelva a hacer eso o tendré que encerrarla en su cuarto y no volverá a salir a la calle. ¿Ha comprendido?

—Si —respondió Barbe, acercándose un poco más a él—. Pero es que no comprendo por qué...

—Ni hace falta que comprenda, preciosa —contestó él brutalmente—. Lo único que ha de hacer es obedecer a lo que se le diga. No tengo ganas de poner mi cuello dentro de la soga por dejarla gallinear por ahí. No me obligue a encerrarla.

Ambos estaban muy juntos ahora. Ninguno de ellos se dio cuenta de que la puerta, mal cerrada, se citaba abriendo a causa de una corriente de aire que soplaba en el pasillo. Las últimas palabras de Harris, dichas en voz alta y metálica, resonaron fuera de la habitación.

Barbe alzó la cabeza para mirar al otro y aquello fue ya demasiada tentación para un hombre enamorado. Los labios rojos de la joven estaban tan cerca... y se notaba en ella esa leve humedad que empaña las bocas de las rubias..., su tez tersa... y asombrosamente limpia de impurezas...

Harris se inclinó y la besó. No fue un beso brutal, sino casi respetuoso. Barbe provocaba violentas pasiones, pero no era una vampiresa. Los hombres sentían deseos de pasar toda la vida a su lado. Los labios no estuvieron juntos más que un segundo, porque ella se separó.

—¡Por Dios, Harris! —dijo, con bien fingido rubor, haciendo aletear las curvadas pestañas irresistiblemente—. Soy una pobre mujer prisionera y todos se creen con derecho a abusar...

Harris tragó saliva.

—Nadie quiso abusar de usted, paloma; pero si no quiere que la bese, no se vuelva a acercar tanto a mí. ¡Infiernos, está usted muy hermosa!

—De nada me valdrá, si se me encierra como si fuese un criminal o un apestado. Si no puedo ver el sol más que de lejos... Yo...

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Le había costado un gran esfuerzo hacerlas brotar, y había tenido que recurrir a un truco que le explicó en cierta ocasión una artista de cine. Pero el enamorado Harris no vio más que el efecto. Es decir, dos lágrimas que a él le parecieron perlas liquidas y todo lo demás. Aquello dio al traste con su frialdad de «gángster».

—No llore —dijo, poniéndole la mano en el hombro—. No llore, ¡infiernos! ¡No puedo verla llorar!

La joven, aliviada, dejó de llorar. Por otra parte, no estaba segura de poder seguir lagrimeando. Era, pues, más fácil dejarse convencer y obedecer a aquel hombre. Ella, tan femenina, tan delicada..., encontrar la protección del hombre fuerte.

Y la encontró.

—Es usted bueno... —dijo, con la ingenuidad de una colegiala de segundo año de bachillerato—. No puedo creer que esté con ese hombre, ese horrendo Rice... Porque usted es bueno.

Todas las mujeres tienen el afán de mejorar a los hombres. Por regla general, una mujer elegirá, entre un hombre bueno y uno malo, al malo, para regenerarlo. Que lo consigan o no, es cosa aparte: pero el caso es que lo intentan.

Harris lo sabía. Ante sus ojos se presentó un espectáculo incomparable: el de aquella obsesionante joven regenerándolo a él. No fue más que un momento, porque luego su sentido común se impuso; pero el caso es que halló la cosa poblada de agradables perspectivas.

—No piense que me descarrié, preciosa —dijo con voz recia—. Yo hago lo que me parece bien, y si elegí este camino fue porque los «papiros» me vienen a los bolsillos mejor que si tuviera que sudar en una oficina o conducir un tractor.

Ella pareció muy acongojada por aquella contumacia. No lo dijo, pero lo hizo saber tan gráficamente, que a Harris le faltó poco para decir que a partir de aquel momento se dedicaría a criar gallinas pacíficamente en cualquier granja de Oklahoma.

Harris se volvió para cerrar la puerta, que le acababa de dar en la espalda, y se quedó inmóvil. Allí, a menos de cinco pasos de

distancia, estaba Thomas Calizo. Sus ojos relucían como los de los animales en la penumbra del pasillo. Harris sabía que tenía oídos selváticos, que oían hasta el paso de las cucarachas en el suelo; de manera que no le cupo duda de que el indio había oído todo lo que dijeron. Por lo menos, desde que estaba allí.

—¿Qué haces ahí, maldito mestizo? —preguntó, furioso—. ¿Estabas espionando? Si vuelves a hacerlo, por Satanás que te...

Quasimodo señaló con uno de sus largos y monstruosos brazos a la joven.

—Ella estuvo abajo —articuló penosamente—. Yo he oído cómo usted se lo decía.

—Le regalo el libro si se calla —ofreció la joven, bastante asustada.

Si Quasimodo lo sabía, Rice lo sabría al cabo de cinco minutos, y eso sería la perdición segura. Por lo menos, perdería la libertad de moverse.

Las facciones del indio no cambiaron en absoluto, aun cuando la membrana de ave descendió ligeramente sobre sus ojos. Era evidente que la proposición debía de ser muy tentadora, pero ni eso bastaba para derribar la lealtad hacia el patrón.

—No —dijo, moviendo aquella horrenda cortadura que era su boca—. No. Yo lo diré... Él dijo: «No bajarás». Y usted bajó.

—Deje esto, paloma —dijo Harris, llevándose la mano al sobaco—. Te callarás, maldito mono, o te sacaré ese podrido corazón que tienes, asqueroso. Si dices una sola palabra...

El indio era muy sensible, aunque no lo parecía, a las alusiones sobre su fealdad. Igual que los perros, que no pueden consentir que se rían de ellos. Reaccionaba entonces de una manera animal por completo, pero muy efectiva.

Esta vez, su reacción fue lanzarse en tromba sobre Harris. El indio era fortísimo, un verdadero hércules; pero Harris era muy rápido y estaba armado. Barbe se hizo atrás cuando vio la mole de Quasimodo puesta en movimiento y se preparó para cerrar la puerta. No obstante, algo en aquella lucha salvaje pareció clavarla en el suelo.

Harris se echó a un lado ágilmente y sacó la pistola. El indio, fallado el golpe, se revolvió como una araña, y uno de sus brazos fue a chocar contra el de Harris que sostenía el arma. El contacto

fue tan brutal, que la automática salió despedida por el aire, describiendo una parábola que finalizó en el muro frontero.

Harris consiguió escaparse de nuevo a la presión del contrahecho, y le pegó un salvaje puñetazo en la mejilla. El golpe, nada científico, pero sí eficaz, detuvo por un momento el avance de Thomas; pero sólo un momento, el suficiente para que Harris consiguiese colocarle otro golpe en el vientre.

Quasimodo no sólo no cayó, sino que apenas pareció sentir el golpe. Se revolvió de nuevo, para recibir otro también en el pecho, a puño lleno. Barbe, con los ojos muy abiertos, contemplaba el combate, en el que se enfrentaban la fría ciencia del boxeo de Clark Harris con la animalidad de Calizo.

Pero sólo podía ocurrir una cosa. Aunque Harris hubiese estado dos días golpeando al corcovado, éste, dotado de una vitalidad salvaje, hubiera acabado por cogerle entre sus brazos, y eso hubiese sido el fin del rubio, porque hacer perder el sentido a Quasimodo ésa casi imposible, a no ser que le pudiese golpear con todas sus fuerzas en la mandíbula.

Uno de los brazos del jorobado tropezó con el vientre de Harris en uno de sus epilépticos movimientos. Harris se dobló sobre sí mismo, expeliendo penosamente la respiración, alcanzado en plena pajarita. Ésta fue la ocasión de Calizo.

Lanzando un ahogado gorjeo de satisfacción, ya que aquel hombre no sabía gritar, se precipitó sobre el otro con los brazos abiertos, como un par de bielas listas para la trituración. De todos ellos, fue la muchacha la única que se dio cuenta de que se acercaba gente por el corredor, y prudentemente, viendo que Harris parecía perdido, se metió en su habitación, entornando la puerta. Además, no le resultaba nada agradable ver cómo el monstruo, frío, casi reptilisco, aplastaba al hombre que acababa de declararle su amor hacia unos minutos.

Se trataba de Festos, gordo y sudoroso; una mujer a la que había visto un par de veces, y que atendía al nombre de Maggy —jamás supo su apellido—, y entre los dos traían a un hombre cogido por los sobacos. Aquel hombre...

Aquel hombre era el policía que viera aquella misma tarde, el hombre que había pedido la documentación a Festos. Venía muerto o desmayado.

Al ver la escena, Festos lanzó un rugido. Ninguno de los dos compañeros sentía ninguna simpatía por el indio, y al ver a Clark en aquel apuro, quizá el mayor de su vida, el gordo se dispuso a actuar.

Soltó al detective, que, colgando pesadamente de pronto sólo de la rubia, hizo que ésta se viniese al suelo, de rodillas, mientras Barbe soltaba un ahogado gemido. Todo ocurrió tan rápidamente, que la joven apenas pudo darse cuenta. Vio cómo Festón sacaba la pistola de la axila, la cogía por el cañón, blandiéndola, y la dejaba caer como una maza sobre la cabeza de Calizo.

Éste se incorporó, poniendo los ojos en blanco, levantó las manos y se vino a tierra como una rana, despatarrado. Festos volvió a golpearlo, aun cuando ya había perdido el conocimiento.

—¡Bicho, eso es lo que es! —dijo con rencor, ayudando a Clark a levantarse, jadeando—. Si no llego a tiempo, te estrangula; eso es lo que hubiera hecho.

—Gracias —dijo Clark, mientras se pasaba la mano por el amoratado rostro—. Ese asqueroso reptil sé pasaba el día espiando por todas partes, y todo le parecía bien para contárselo a Rice. ¡Dios, cómo me gustaría matarlo y tirarlo al Potomac dentro de un saco y con veinte kilos de piedras atadas a los pies!

—No te gustaría más que a mí —replicó el otro—. Mira, mira quién traigo.

—Vamos a llevarnos al monstruo a otro sitio, donde no pueda hacer daño y no lo vea Rice —replicó Clark—. No me gustaría que se enterase todavía de lo que hemos hecho.

Cogieron los cuerpos inertes de Calizo y de Edwin Carrington y los trasladaron a otra habitación. Mientras lo hacía, Barbe, que se había unido a ellos, vio qué no estaba muerto el detective, sino solamente desmayado.

—Es el tipo que me pidió la documentación esta tarde —aclaró Festos—. Llegó esta tarde a mi piso, pero no nos sorprendió durmiendo. Maggy me avisó a tiempo, le di un par de cachiporrazos en la cabeza y me lo traje, eso es. Porque, como yo me dije, digo...

—Calla ya con eso y ayúdame.

Un momento después, Calizo se encontraba atado como un fardo y al detective le habían puesto un par de buenas esposas. Él fue el primero que recobró el conocimiento. Miró en torno a sí con una

expresión vaga en los ojos. Luego pareció recordar de pronto.

—Caí en una trampa, ¿eh? —dijo, sonriendo.

Su sonrisa encontró instantáneo eco en Festos:

—Buenos porrazos le di, ¿eh, amigo? Pues no tuve más remedio. Se había puesto usted muy pesado.

Festos era un hombre que se había lanzado a la falsificación de billetes y al «gangsterismo» por simple vagancia. Cualquier clase de trabajo le horrorizaba de tal manera, que prefería antes cien veces fajarse a tiros con dos pandilleros rivales antes que mover un solo dedo en algo que significase labor. En el fondo no era malo; sólo desviado.

Barbe se agachó sobre el caído.

—Así que ustedes, los del

F. B. I.,

se dejan coger en trampas para chiquillos —dijo—. Creí que eran más listos.

—Lo somos, preciosa; pero sabemos esperar. Siempre conseguimos la recompensa por nuestra paciencia.

—Ahí viene Rice —dijo de pronto Harris con cierta nerviosidad—. Veremos lo que dice del monstruo.



AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

y AMENIDAD

CAPÍTULO VI



ALIERON todos al pasillo, llevando a Edwin entre ambos pistoleros. Querían retrasar en lo posible el momento en que Rice se enterase de que habían golpeado y amarrado a su servidor. Rice venía acompañado de Girbal, el cual se manifestaba bastante tranquilo. Al ver la escena, el jefe de los falsificadores se detuvo, un poco asombrado. Harris dio un paso hacia delante y empezó a explicarle las cosas, secundado por enérgicos cabezazos aprobatorios de Festos.

Rice se quedó mirando al agente.

F. B. I.,

¿eh? Bien. Harris y Festos, esta noche acabaráis con él y lo tiraréis

al río. Pero antes hacedle hablar. Vamos a la habitación de arriba.

Festos y Harris cogieron, a Carrington y lo llevarón en volandas. Barbe se volvió a su padre:

—Lo van a torturar, ¿verdad? —preguntó ansiosamente—. Ese canalla lo va a torturar.

—Yo me voy —anunció la rubia Maggy, que había presenciado toda la escena muy intranquila—. Yo no quiero verme mezclada en todo este asunto. No me gusta, eso es todo.

—Me gustaría saber cómo va usted a salir de aquí si ellos no quieren —dijo Girbal serenamente—. Si me lo dice, yo la acompañaría con mucho gusto.

—¡Malditos coyotes! —dijo ella—. Por unos miserables dólares han hecho que les ayudase. Pero yo no quiero tener nada que ver con ellos; eso, eso. No quiero tener nada que ver con ellos. Y así se lo voy a decir.

—No puedo saber con tranquilidad que van a torturar a ese hombre —dijo Barbe rabiosamente—. ¿No tiene usted un arma? —le preguntó a Maggy.

—Si la tuviera, ya estaría dando órdenes —afirmó la rubia, cogiéndose las caderas con las manos.

—Estamos todos embarcados en el mismo navío, y debemos mantenernos unidos —dijo Girbal, único que conservaba la serenidad—. Si logra usted salir de aquí, señorita, ¿tendrá algo la Policía contra usted?

—Pero ¡si no he hecho nada! —afirmó ella dignamente—. Me ganaba unos dólares cochinos haciendo diversos recados de ese gordo seboso. Tales como prevenirle si preguntaban por él en su casa. Nada más, y ningún juez podrá castigarme por ello.

—Tengo un plan —dijo Girbal.

—Y yo también, afirmó la muchacha, mirando hacia la puerta. —Pero estoy pensando en ese hombre, y... —De pronto pareció tener una idea—. Papá, vamos a desatar el infierno aquí.

Como si los elementos hubieran querido rubricar aquello, resonó un trueno que rodó valle del Potomac arriba, desintegrándose en la lejanía. Al mismo tiempo, de entre las nubes que habían estado agrupándose en el cielo desde hacía un rato se escaparon hilos de agua violentamente proyectados hacia abajo. La joven sonrió.

—Eso es, precisamente, lo único que nos faltaba. Vamos.

Se metió en la habitación donde los otros habían puesto a Quasimodo y se inclinó sobre el indio. Éste levantó la membrana avícola y la observó sin interés.

—Han sido muy malos contigo, Thomas —le dijo con dulzura—. Pero yo quiero desatarte.

—Se van a enterar de que tú estuviste abajo —objetó su padre, observándola con curiosidad.

—No me importa, con tal de que no martiricen al agente del Gobierno —dijo ella, y cortó las cerdas.

El indio se estiró como un enorme y chepudo gato, pairó a la joven sin ninguna expresión y se encaminó a la puerta. Las dos muchachas y Girbal lo miraron con algo de temor.

El jorobado se volvió, ya en el umbral.

—Yo —crascitó— no diré nada.

Y se marchó.

—¡Hurra! —gritó Barbe, muy contenta—. Vamos tras él. Creo que van a ocurrir cosas muy excitantes.

Con ciertas precauciones le siguieron. El indio caminó por el pasillo hasta alcanzar la escalera que conducía al piso superior y se internó por ella sin volverse ni notar siquiera que le seguían. Encontraron luego el pasillo que conducía a la cocina y el cuarto adonde habían llevado a Edwin Carrington.

La puerta del cuarto estaba abierta. Carrington, sentado en una silla, con las manos esposadas sujetas al respaldo, estaba silencioso y miraba con un poco de humorismo en las claras pupilas a Rice.

—No es cierto que sepan sus compañeros que éste es el sitio donde se fabricaban los billetes —decía Rice en aquel momento con una peligrosa dulzura—. No es cierto, si lo que dice Festos es verdad. Y lo es, ¿verdad, Festos?

—Claro, jefe. Es lo que yo digo: ¿Cómo iban a sab...?

—Así, pues, está usted mintiendo para salvarse.

—Ésa es la fija, jefe —coreó Festos—. Vamos, amigo, diga la verdad.

Les interrumpió la llegada de Thomas Calizo. Éste entró en el cuarto, y Harris y Festos se apartaron nerviosamente, llevándose las manos a las axilas. Rice, sorprendido por este movimiento, miró hacia atrás y vio al indio.

—¿Qué pasa, Thomas? —preguntó duramente.

—Estos hombres —articuló, cloqueando—. Me ataron. Me ataron.

Rice se volvió a los otros.

—Thomas jamás miente —dijo—. ¿Qué pasó?

Harris no quería comprometer a Barbe.

—Nos enredamos a puñetazos, pero él llevaba malas intenciones, y Festos le pegó en la cabeza.

—Yo vi cómo quería ahogar a Harris, jefe —dijo el gordo—. Y me dije: esto hay que impedirlo. Y lo acaricié.

El indio se había acercado a Harris. Éste sacó la pistola.

—Si das un paso más, perro —le avisó, con la mandíbula tensamente apretada—, te emplomo.

—¡Quieto, Thomas! —ordenó Rice, casi chillando. En su mano había aparecido una pistola de mediano calibre, y con ella cubría a ambos—. Y tú, Harris, si quieres hacer un solo movimiento más, te frió. ¡No quiero peleas entre los hombres a mi servicio, y por el infierno que no las habrá!

Calizo obedeció al momento, pero Harris continuó con la mano en el sobaco todavía un momento. En sus facciones se leía el asesinato. En este momento, Rice se dio cuenta de que estaban en la puerta los dos franceses y Maggy. Al instante, su furia se vertió sobre ellos. Probablemente, Barbe no había oído jamás palabras semejantes en labios de ningún hombre, y menos dirigidas a ella. Se puso lívida, e involuntariamente dio un paso atrás.

Fué la chaparrada más obscena que imaginarse pueda. En ella se acordó de la ascendencia femenina y masculina de ambos franceses, incluyó también a cualquier francés existente en cualquier parte del mundo civilizado o sin civilizar, exponiéndolo todo con gran claridad de expresión y extraordinaria rapidez, ya que apenas duró un minuto. Pero fue bastante.

Barbe no había visto nunca a su padre perder la serenidad, mas aquello era demasiado fuerte para él. Jules era un hombre de mediana estatura y de escasas fuerzas, pero valientemente se lanzó al ataque. Había peleado en la primera guerra mundial como oficial, y aún se acordaba de cuando luchó contra los ulanos del Káiser a sablazos y bayonetazos.

Al verlo echarse sobre él, Rice se apartó, levantó la pistola y disparó con gran rapidez. La bala, mal dirigida, pasó a una pulgada

escasa de la cabeza del grabador y fue a incrustarse en la pared. En ese momento se produjo la colisión.

Tampoco Rice era muy fuerte, aunque si un poco más alto que Jules Girbal. Al impacto, ambos cayeron al suelo, rodando, mientras el francés pugnaba por coger la pistola. No llegó a hacerlo, sin embargo, porque Quasimodo llegaba al ataque como un tanque «Patton».

Un solo golpe del corcovado levantó del suelo a Jules, enviándolo una yarda más allá, perdido el conocimiento, mientras Edwin Carrington trataba desesperadamente de librarse de las esposas que sujetaban sus muñecas a la silla.

Barbe lanzó un grito desgarrador y trató de arañar a Quasimodo para evitar que pegara de nuevo a su padre. El indio le dio un revés con la mano derecha que hizo saltar la sangre de los labios de la joven en un hilillo que corrió barbilla abajo. Fue el ver golpear a la francesa lo que obligó a Harris a intervenir. Sacó la pistola de la funda sobaquera y disparó contra Calizo casi a quemarropa. El indio, tocado cuando se preparaba para patear a Jules Girbal, se irguió un poco y dobló una rodilla en tierra. Por sobre su camisa de colores empezó a extenderse una mancha oscura que se agrandaba tentacularmente. Luego, por fin, cayó al suelo.

—¿Estás a mi lado, Festos? —preguntó Harris, mientras cubría a los demás con la pistola.

El gordo vaciló. Era evidente que sentía un cierto respeto por Rice; pero Harris era su amigo, o lo había sido hasta ahora.

—Sí, es lo que yo... —empezó, vacilante.

—Entonces, ayúdame —exigió el otro, convencido de parte de quién se pondría Festos.

Rice se había incorporado en el suelo y miraba fijamente al cuerpo de Calizo, el que permanecía inmóvil, mientras la sangre le corría camisa abajo.

—Ahora soy yo quien da las órdenes, amigo —dijo Harris malignamente—. Ya he matado a ese monstruo, y no vacilaré en matarlo a usted. O hacer cualquier otra cosa. Por de pronto, me quedo con el negocio.

Festos le miró, admirado. La cara de Rice era una máscara inexpresiva.

—Que te quedas... —empezó Festos.

—Que me quedo con él, sí. Después de todo, ya está en marcha, de manera que no hay más que continuar impulsándolo. Así como así, lo que hizo Rice lo puedo hacer yo perfectamente. ¿Entendido?

—No sea loco, Harris —dijo la voz de Marko—. No sea loco. Olvidaré lo de Thomas si guarda esa pistola y podemos hablar tranquilamente. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo.

La joven, a la que nadie prestaba atención en ese momento, se había inclinado sobre el cuerpo del indio.

—No está muerto —dijo—. Respira aún.

—Que se muera —dijo con poca piedad Harris—. Un tipo así no tiene derecho a andar por ahí, asustando a los chicos.

—Es un ser humano —protestó la joven, mirándole.

Harris, inmediatamente se convenció de que Quasimodo era un ser humano y digno de ser tratado como a tal. Los ojos de la joven ejercían sobre él una influencia sumamente particular.

—Festos —ordenó—, acompaña a *miss* Girbal y llevaos eso. Tratad de hacer por él lo que podáis. Y ahora, Rice, usted y yo hablaremos.

Se inclinó y recogió la pistola del que hasta ahora fuese su jefe, guardándosela en el bolsillo.

—¿Qué le parece? No niego que fueron sus conocimientos del asunto lo que hicieron posible montar el negocio; pero ahora usted no nos sirve demasiado.

—Ni ustedes tampoco —intervino la voz del hombre del Gobierno—. Ni ustedes, porque van a ir a la cárcel a pasarse allí un buen veraneo.

—¡Cállese, hijo de perra! —le previno Harris—. Así como así, usted no saldrá vivo de aquí. Porque esta noche lo vamos a «pasear».

—No será usted, matón de pacotilla. Desátame, y verá cómo hago una sopa con usted y me la como en menos de diez segundos —ofreció amablemente Edwin Carrington.

Harris fue hacia él con las intenciones de un toro español de lidia, y ésa fue la ocasión que intentó aprovechar Rice de lanzarse sobre él. Fue la expresión de los ojos de Carrington lo que avisó al pistolero de que algo no andaba bien, y se volvió como un puma. Rice le golpeó con la mano abierta encima de un ojo, y Harris lanzó un alarido de dolor, abandonando la guardia un momento. Rice

continuó pegándole puñetazos y coces hasta que Clark dobló una rodilla bajo aquella rociada de golpes. Carrington, sonriendo, vio cómo ambos se enzarzaban en una pelea canalla, en la que valía todo, hasta los mordiscos, porque Rice no sabía boxear. Atacaba con los puños cerrados, abiertos, entreabiertos, con los pies, pero sin saber dónde dirigir los golpes. Con un poco de asco, Edwin, al que le gustaba la lucha limpia, se dio cuenta de que Rice intentaba sacarle los ojos a su contrario, el cual, cogido de improviso, aunque sí sabía pelear, estaba en inferioridad.

Edwin alargó una pierna e hizo vacilar a Rice, al que odiaba cordialmente. Esto fue aprovechado por Harris para incorporarse y asestarle un puñetazo en el mentón que acabó con las energías de Rice.

La lucha había terminado. Harris se levantó, palpándose el dolorido ojo y mirando aviesamente a Rice. Levantó la pistola y le apuntó, dispuesto, al parecer, a matarlo.

—No sea loco —le recomendó. Edwin paternalmente—. Si el monstruo no ha muerto, no tendrán contra usted cargo alguno suficiente para llevarlo a la «tostadera». No mate a ese hombre.

—No piense que porque me ayudó hace un momento va a estar usted ahí, abriendo la boca como un loro y dando consejos a todo el mundo —dijo Harris rencorosamente.

—Por supuesto que no —admitió el hombre del Gobierno—. No hago más que sugerirle algo. Oiga, ¿no podría quitarme estas esposas? Le aseguro que no voy a intentar escapar.

—¡Un cuerno voy a quitarle eso! —dijo Harris, mirándole con asombro—. ¿Qué se ha creído que es esto? ¿Una reunión familiar?

Volvían Festos y Barbe. Esta última se dirigió a su padre y le abrazó. El francés empezaba a abrir los ojos, muy atontado todavía por el golpe de Quasimodo. Al ver a Rice tendido en el suelo, y que también empezaba a recobrar el conocimiento, se incorporó.

—Déjenme luchar con él, aunque le lleve quince años —dijo con bravura—. A ver si ese «cochon» repite lo que dijo. «Ma foi, qu'il est un grand canaille».

Había auténtico odio en el acento del viejo. Edwin no dudó de que, si lo dejaban, presentarla batalla a Rice.

—¡Bravo, anciano! —le dijo—. Pero no se moleste. Creo que le

ahorrarán eso, porque el amigo de la pistola no siente, al parecer, grandes simpatías por ese individuo.

—¡Cállese la sucia boca, o le dejo seco! —gritó Harris, perdida la paciencia.

Aquel hombre, sentado en una silla y con las manos esposadas a la espalda, dominaba la situación, aconsejando a todos y repartiendo su buen humor. Era la primera vez en su vida de cuadrillero que le ocurría algo semejante. Él se imaginaba que estas cosas hay que tomarlas muy en serio.

—Está bien —admitió Edwin, para decir la última palabra.

—¿Le sacudo un poco? —preguntó Festos, que al ver que Harris parecía saber manejar la situación había decidido ponerse de una vez de parte de su amigo Clark.

—No, déjalo. No va a tener mucho tiempo para hablar. Átame a Rice —«ahora» ya no decía «míster Rice»— y llévatelo con el monstruo. ¿Dónde está?

—Lo hemos dejado en una de las habitaciones del corredor de abajo —contestó Festos—. No ha muerto, pero seguramente lo hará en seguida. Le metiste una bala en la espalda, eso es, y yo creo que le has desbarrigado; eso es lo que pienso.

—¡Que se muera! Hala, haz lo que te he dicho.

Pocos minutos después, Rice, convenientemente atado, estaba sentado en una silla. Edwin Carrington, en otra, y Quasimodo, tendido en una cama, con la cara muy pálida y los ojos cerrados. La joven le había puesto un paño de agua fría en la frente, pero aquella pesadilla no parecía sentir nada.

—Hay que llamar a un médico —dijo Barbe, un poco compadecida.

—Y que se ponga a husmear por todo esto, ¿no? —dijo Harris—. Ni pensarlo, hermosa; no podemos exponernos. Venga, porque quiero hablar con su padre y con usted.

No había nada que decir. Cerraron la puerta y se encaminaron al piso bajo. El «gángster» italiano, el cocinero, había sido enterado convenientemente del cambio de jefatura; pero a él, personalmente, le daba lo mismo estar dirigido por un hombre como Rice, al que apenas conocía, o por Harris, al que respetaba como pistolero. Y, de todas maneras, odiaba a Quasimodo cordialmente. A grandes rasgos, Harris expuso la situación.

—Estamos embarcados en el mismo barco y creo que debemos hacer lo posible porque no se hunda, ¿no es así?

—Eso es lo que digo yo, digo; Hay dinero para todos. Más, porque ahora falta ése que se lo quedaba todo, eso es lo que...

—Festos tiene razón. Hay ahora dinero, mucho dinero. Usted, míster Girbal, cobrará. Hasta ahora ha trabajado gratis para ese canalla, como lo llamó antes, pero ahora trabajará cobrando y cobrando bien. También su hija tendrá su parte. Me parece que me porto razonablemente, ¿no es así?

Ante una mirada de su hija, una expresiva mirada, el francés asintió. Estaba, al parecer muy contento de las ventajas obtenidas por el cambio de régimen, desde el duro y repelente míster Rice hasta el paternal míster Harris.

—Pues no hay más que hablar. Seguiremos trabajando en esa plancha de diez dólares. Tú, «Ravioli», te encargarás de ir a la ciudad por los alimentos, como siempre, con la camioneta. Usted, *miss* Girbal, tendrá la misma libertad que antes, aun cuando me temo que...

—¿Qué? —preguntó la muchacha.

—Me temo que ahora tenga un poco menos de libertad. No podremos... vigilarla tanto como antes, porque falta el monstruo —había una clara petición de excusa en los ojos del bandido. Barbe sonrió gentilmente perdonándolo de todo corazón.

—No importa, Harris. Sabré acostumbrarme —y había en su mirada todo un mundo de promesas si Harris se portaba bien. Clark tuvo que agarrarse a su sillón para no saltar de él y emprenderla a besos con aquel encanto de criatura—. Pero ¿qué va a ser del policía ese que tenemos prisionero?

Hasta ahora se habían olvidado de Maggy en el jaleo subsiguiente. La rubia había desaparecido al oír el disparo de Rice y el de Harris, pero ahora les recordó su presencia apareciendo en la puerta, con el bello cabello despeinado y la bonita cara con un rictus de preocupación.

—¡Eh! —dijo—. Y de mí, ¿qué? Si os creéis que me voy a pasar la vida aquí como esa chica es que estáis completamente locos. No hay un nacido de madre que me obligue a mí a comprometerme con todos esos asesinatos.

Harris no la contestó. En vez de ello, se dirigió a Barbe.

—Ese detective morirá esta misma noche —afirmó secamente.

La joven se llevó las manos a la boca.

—Pero no puede usted hacer eso, Harris. La Policía... se trataría de un asesinato y eso lo castigan con la silla eléctrica, ¿no es verdad?

—Sí, bonita —dijo Maggy—. Eso es lo que hacen en este país. Yo me voy a cualquier parte.

—Tú no te mueves de aquí, Maggy, porque sabes demasiado. Cuando llegue la ocasión de separarnos, entonces podrás hacer lo que te parezca bien.

Maggy se puso en jarras, con el erguido busto en tensión.

—Si te crees que a mí, «a mí», me vas a dar órdenes, estás completamente equivocado —rugió casi con voz ronca—. Yo no admito órdenes de nadie. ¡Y quiero marcharme ahora mismo fuera de esta maldita casa y de vuestros manejos! ¡Y ahora mismo!

Festos adelantó dos pasos y le sacudió una bofetada para impedirle la histeria. La joven lo miró con los ojos muy abiertos y luego dos lagrimones empezaron a rodar por su mejilla. Festos la sacudió un poco, cogiéndola por los hombros y la resistencia de ella falló. Era una muchacha de un origen muy humilde, y aquel tratamiento tan duro era bastante para hacerla comprender quién era el amo. Toda su vida había tenido algún «amo», bien un patrón en la casa de costuras o un jefe en una oficina o un padre borracho que sacudía a diestro y siniestro en cuanto se había tomado tres copas.

—Eso es, cálmate —dijo Festos paternalmente—. Cálmate y no hagas tonterías, querida Maggy, porque sentiría volver a tener que pegarte eso es, lo sentiría.

Maggy se puso a llorar silenciosamente y Barbe se acercó a ella.

—Vamos, vamos querida, un poco de paciencia. Ni Harris ni Festos la quieren mal a usted. ¿No comprende que en cuanto terminen los trabajos podremos marcharnos cada uno donde quiera y con montones de dinero en el bolsillo? Porque a ella también le darán su parte, ¿no es eso? —preguntó, volviéndose a Harris y el otro.

—Claro que sí —accedió Festos, magnánimo—. Cinco de los gordos le daré de mi propio bolsillo si es buena chica, eso es lo que haré.

Maggy no había visto ni siquiera un billete de cien dólares en toda su vida. Cinco mil le parecieron la luna, las estrellas y todo el firmamento junto. Un calor interior secó sus lágrimas y pareció un poco más contenta de la vida. Difícilmente se habría podido tropezar con una familia tan bien avenida como aquellos seis personajes en aquella habitación. Sí, una familia muy bien avenida.

Hubo un pequeño silencio. Luego, lo rompió Harris.

—Ahora, cada uno a su puesto. Festos, vamos a ver la manera de librarnos de Rice y del polizonte.

«Ravioli», el sobrenombre se lo había puesto Festos porque se empeñaba siempre en atracarlos de una manera sistemática con tan sustanciosa pasta, volvió a su cocina a entonar una interminable serenata de Roselli. La joven se volvió a su padre, haciendo caso omiso de la presencia de Maggy.

—No podemos consentir que maten a esos hombres, papá —dijo tensamente—. Nos converjamos en cómplices de ellos, en cómplices de asesinato.

—Lo sé, hija —respondió el viejo tristemente—. Pero... ¿qué podemos hacer?

—Lo voy a intentar.

—Oiga —intervino Maggy—. Ahora veo que usted está en contra de ellos. Cinco mil me han ofrecido y no voy a dejar que se escapen por el aire.

—Cállese, estúpida —le dijo la francesa claramente—. Lo que no quiero es que maten, porque entonces podríamos ir todos a la silla eléctrica, ¿no comprende?

La rubia Maggy se mostró pensativa.

—Sí —dijo vacilante—. Creo que comprendo.

—Pues entonces haga usted lo que le digamos nosotros y saldrá mejor librada. Y tendrá sus cinco mil dólares —añadió, perdonándose a sí misma por el ofrecimiento de aquella hipotética cantidad.

—Sí —respondió de nuevo la rubia.

Barbe besó a su padre rápidamente y salió de la estancia antes de que Girbal pudiera detenerla. El francés se encogió de hombros resignado.

—Siempre ha hecho lo que le ha parecido —dijo—. Yo también era así cuando joven.

~~XX~~
Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A
EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO. 68.—MADRID

CAPÍTULO VII



L agente Brewster, del

F. B. I.,

ayudante del inspector Carrington, entró en el despacho del inspector-jefe Tantall, llamando previamente a la puerta, lo que hizo llenarse de júbilo al ordenancista corazón del hombre que se parecía de una manera asombrosa a Winston Churchill.

—¿Qué hay, joven? —preguntó masticando un puro, medio reducido a tiras, ya.

—Estoy un poco preocupado, señor —dijo el joven, mirando por la ventana un momento.

—Explíquese, hijo.

—El inspector Carrington se marchó ayer a tomar un bocadillo y no ha venido hoy aún. Empiezo a preocuparme.

—Carrington es muy capaz de guardarse a sí mismo, pollo, muy capaz. Apuesto a que ha pescado una buena «papalina» y la está durmiendo tranquilamente.

—Nunca bebe cuando está tras de un caso, señor. Jamás lo hace.

—Ya lo sé, ¡maldita sea! Bueno, pues estará con una rubia. Cuando venga díglele que pase por aquí. Le voy a lavar un poco esa cara de piedra que tiene.

Pero no tuvo ocasión de dedicarse a tan higiénica ocupación, porque el inspector Edwin Carrington no apareció en todo el día, lo que dio lugar a que las preocupaciones del ayudante Brewster alcanzasen su punto culminante, a que el inspector-jefe Tantall devorase tres cigarros enteros con gran abundancia de frases dedicadas a aquel sinvergüenza que aparecía y desaparecía tranquilamente y, a que, por fin, se decidiese a enviar a un agente a su casa, con orden de traerlo vivo o muerto si estaba allí borracho.

No estaba en su casa. La mujer que limpiaba —era un edificio de departamentos— aseguró no haberlo visto desde la mañana e ignorar dónde podría encontrarse. Entonces, el inspector-jefe Tantall dejó de comerse sus puros y empezó a dar órdenes con voz estentórea. Al instante, media docena de agentes y varios policías de la Metropolitana, empezaron a actuar.

Barbe llegó al piso alto justamente en el momento en que el impaciente Harris se preparaba para quitarle las esposas a Edwin Carrington. Éste, que había pasado un rato molestando a Rice con un discurso acerca de que el mal siempre obtiene su castigo, y había puesto al falsificador al borde de la apoplejía, acogió su presencia con un grito de saludo. Ni siquiera el hecho de que Festos le acababa de dar una pateadura para que se estuviese callado, pudo despojarlo de su buen humor.

—Un ángel —dijo en cuanto la vio—. Estaba buscando una palabra que la retratase a usted de cuerpo entero.

Harris le pegó en la mejilla con el cañón de su revólver.

—Calla, perro, porque no vas a vivir lo bastante. ¡Calla, o por el diablo, que te mato aquí mismo!

—¡Oh!, los perversos muchachos —se mofó Carrington—. Siempre matando y matando... Estáis listos.

Un nuevo golpe. Esta vez, Barbe puso una mano sobre el brazo de Harris.

—Quiero hablarle —le dijo.

—Dígame a mí lo que sea, preciosa —intervino Carrington, decidido a no estarse callado ni un minuto—. Yo tengo las orejas más bonitas que las de él.

Harris salió de la habitación, mientras Festos se dedicaba con notable competencia a afearle las orejas a Carrington con la cachiporra. Una de las veces, el agente extendió el pie con brusquedad y lo alcanzó de lleno en el abdomen. Festos echó fuera de sus pulmones todo el aire almacenado en ellos, volvió a recoger combustible al siguiente minuto y empezó a desatarse acerca de los antecedentes de Edwin, mientras le seguía golpeando, esta vez por detrás para librarse de una nueva coz. Uno de los golpes fue tan fuerte que Carrington dejó caer la cabeza sobre el pecho y perdió el conocimiento. Pero el gordo estuvo cinco minutos resollando fuerte, incapaz de moverse, a consecuencia de aquel golpe feroz en el epigastrio.

Harris y Barbe volvieron al poco tiempo. La muchacha se llevó una mano a la boca al ver el estado en que habían puesto al policía, y en sus ojos brilló una chispa maligna. Festos se iba a acordar de aquella gatita parisiense a la primera ocasión que se presentase.

—Bueno, ¿liquidamos ya a este cerdo? —preguntó Festos con voz estrangulada.

—No lo mataremos. Ni a Rice tampoco —decidió Harris.

—Ya te ha convencido esa perrita, ¿no es eso? —preguntó el gordo sumamente ofendido.

—Si vuelves a decir eso te saco el hígado —declaró Harris con tanta maldad reflejada en su cara que el gordo retrocedió un paso—. No olvides que soy yo quien manda. ¿Cómo está el monstruo?

Barbe se acercó a Quasimodo y, de pronto, retrocedió. El indio había abierto los ojos, levantando aquella especie de membrana y la estaba contemplando silenciosamente.

—Parece que... ha recobrado el conocimiento —dijo. Harris se acercó y el indio trasladó a él su mirada fija. La joven le había puesto un tosco vendaje, pero la bala no había salido. Aún debía tenerla dentro.

—Hay que sacarle esa bala —dijo Barbe.

—Que se muera —decidió Harris, que odiaba al indio ferozmente—. No voy a consentir que nadie venga a meter sus

narices en nuestros asuntos.

La joven no se atrevió a insistir. Bastante había conseguido al impedir que Harris matase al detective. Sí, bastante había sido. Le parecía que por ahora no había peligro. No obstante, se decidió a actuar por su cuenta.

—Lo curaré yo y veré si puedo sacarle la bala —declaro. Y se dispuso a cumplir lo que decía. Harris, indeciso, permaneció a su lado, y aquello fue un error de grueso calibre. Los dos largos, monstruosamente largos brazos de Quasimodo lo cogieron de pronto en un abrazo de oso. El indio había estado ahorrando las últimas energías para aquello, para la venganza sobre aquel hombre.

Harris resolló fuerte e intentó sacar la pistola, pero su cuerpo, pegado al de Calizo, le impedía todo movimiento. Y sintió cómo las costillas se le iban hundiendo ante la brutal presión, y que a sus pulmones les faltaba el aire. Lanzó un sordo gemido.

Festos acudió al ataque, pero para ello tenía que pasar ante la silla de Rice. Éste extendió un pie, el gordo tropezó con él y cayó al suelo, dejando resbalar la pistola de sus dedos. El indio, sin ver nada, sin sentir nada, al parecer, continuó apretando.

La cabeza de Festos había quedado al alcance del pie de Rice, y éste le largó una violenta patada, que de haberle alcanzado en el punto donde quería, en la sien, le hubiese partido el parietal. Pero sólo le dio en la mejilla. Festos lanzó un alarido de dolor y se apartó, rodando sobre su gruesa tripa, del pie del que fuera su jefe. La muchacha vio, en aquel momento, la llave.

Era una llavecita muy pequeña, de corto vástago y de una forma muy particular. Ya la había visto en otra ocasión, antes de que Festos se la guardase en el bolsillo. Era la llave de las esposas que mantenían inmovilizado al detective. Se le acababan de caer al gordo al rodar por el suelo.

Aprovechando que Festos se ponía penosamente en pie, la joven se agachó rápidamente y luego, de un salto, se llegó a la puerta. Sabía que iban a venir tiros.

Era muy curioso pensar que durante toda su vida, jamás había disfrutado de verdadera tranquilidad, si se exceptúa el poco tiempo desde el año cuarenta y cinco hasta el cincuenta, en la Sorbona. Primero, la guerra. Luego la ocupación alemana, con sus terrores, su

hambre, en fin, con todas sus secuelas. Ella, que era entonces muy pequeña, había ido, con otros chicos, llevando cartas y papeles a miembros de la resistencia. Incluso un día, con un montón de niñas de su colegio, fueron a pasar un día de campo. Al día siguiente, un importante número de «maquisard» encontraron, «por casualidad», a un vagón de municionamiento alemán. No quedó nada. Y había sido una niña de quince años la que llevó la nota. Barbe Garbin.

Esto quiere decir que no se asustaba fácilmente, pero es que ahora las cosas se iban sucediendo con demasiada precipitación, con demasiada, eso es lo que digo, que hubiese dicho Festos.

Éste ya había logrado, ponerse en pie y avanzaba hasta donde el indio Calizo estaba asesinando a Harris. Asesinándolo con completa perfección. Y el no haber terminado todavía con él podía atribuirse únicamente a la pérdida de sangre del indio.

Festos se aproximó a los dos, apoyó el cañón de su automática en el costado de Quasimodo y... Barbe volvió la cabeza y sintió deseos de devolver al ver la frialdad de la acción.

El disparo sonó sordamente, apagado por la carne de Calizo. Éste soltó a Harris, y herido el corazón, se dejó caer hacia atrás. Un chorro de sangre brotó de su costado.

Harris se desplomó al suelo, sin poder respirar, con los ojos casi fuera de las órbitas a causa del apretón. Poco a poco, su cara volvió a tomar un color algo más natural en los seres humanos que el de una ciruela pasa que era el que tenía en aquel momento.

Rice empezó a gritar algo excitadamente, con la boca abierta como un perro y Edwin Carrington, que recobraba en aquel momento el sentido, miró la escena con ojos vagos. Luego pareció darse cuenta.

—Buena escabechina —dijo—. Esto ya los llevará a la «tostadera» y yo estaré allí para recoger su último suspiro. Cuidado que son ustedes estúpidos. La falsificación de billetes no conduce a la «silla», pero el asesinato, sí.

Como Rice seguía chillando, Festos se volvió hacia él, decidido a cobrarse el importe de la zancadilla y el puntapié en la cara. Festos estaba demasiado enfurecido para pensar con claridad, de manera que levantó la pistola y apuntó a Rice. Éste calló instantáneamente y en sus ojos apareció una expresión de terror. No era un hombre valiente, sino sólo insolente cuando tenía el poder en las manos,

ahora se dio cuenta, por la cara de Festos, de qué éste iba a disparar contra él.

—¡No tire! —aulló angustiosamente—. ¡No tire!

—Quieto, Festos —ordenó Rice con voz ahogada, poniéndose trabajosamente en pie—. Quieto. Necesito a ese hombre.

Entonces Festos, todavía no muy convencido, la emprendió a golpes con Rice hasta que le hizo perder el conocimiento. Festos tenía predilección por golpear a los demás, como observó Carrington, sólo que haciendo la observación en voz alta.

—Ahora le daré a usted —ofreció el gordo, aprestándose a la grata tarea de machacarle la nariz y convertirle en coliflores las orejas. Pero Harris lo detuvo.

—Ya está bien, Luke. Vete abajo. Yo voy ahora.

Y Festos se marchó resoplando creyéndose un héroe. Harris miró en torno y al no ver a la muchacha, se dirigió al detective.

—Lo tendremos aquí hasta que decidamos marcharnos, que será pronto. Luego, lo soltaremos.

Pero por sus ojos, Carrington se dio cuenta de que no lo soltarían. Sabía demasiado: No obstante, aparentó creerlo.

—Han hecho ustedes una tontería con matar, amigos. Una gran tontería.

—No se preocupe demasiado. No era más que un monstruo y debería haber estado en un circo.

—La ley no entiende de eso. El caso es que hablaba, y andaba en dos pies. Cualquier jurado lo reconocerían como un ser humano más o menos deforme, pero humano al fin y al cabo.

—Cállese ya. Me aburre. Cuando quiera comer algo, de golpes en el suelo con el pie. Le oirán y le traerán algo.

Y se marchó definitivamente. Carrington se puso a considerar su situación actual.

—Ésta es mi negra suerte —dijo en voz alta—. Cuando descubro un importante negocio de falsificación, resulta que no solamente no puedo coger a los tipos, sino que éstos me cogen a mí, y a juzgar por los síntomas, con muchas ganas de hacerme picadillo.

Un ligero ruido en la puerta le hizo ponerse atento. Efectivamente, las jambas se estaban abriendo cuidadosamente. A la luz de la bombilla eléctrica, pudo ver una mano larga, fina y blanca que aparecía en la rendija. A la mano siguió un brazo igualmente

blanco y torneado. Aquel brazo no podía corresponder más que a una sola persona. A la muchacha aquella que parecía un cromo.

Era ella. Miró hacia atrás, se puso un dedo sobre los labios, con la universalmente conocida indicación de que guardara silencio y cruzó la habitación en puntas de pie.

—Sigo creyendo que es usted un ángel —dijo él sonriendo—. Me alegro de volverla a ver, *mademoiselle*.

Ella traía algo brillante en la mano. El policía vio que era una llave, y él no podía equivocarse sobre qué clase de llave era. Una llave de esposas.

—¡Cristo! —dijo—. Es usted maravillosa. ¿De dónde sacó eso?

—¿Quiere callar? —preguntó ella con voz contenida, mientras daba la vuelta alrededor de él para poder abrir las esposas. En un momento, Edwin Carrington se encontró libre.

—Vaya —dijo—. He aquí mi buena suerte. ¿No puede usted proporcionarme también una pistola? Acabaría con todos ellos en diez minutos y me los llevaría al Juzgado. ¿Qué le parece?

—¡Huya y vuelva con refuerzos! —le ordenó la joven—. Si se da usted prisa, podría estar de regreso antes de que ellos se diesen cuenta de su desaparición. ¡Huya!

—Claro, mi vida. No crea que estoy durmiéndome.

Un sonido ahogado les hizo volver la cabeza. Rice estaba mirándolos con los ojos muy abiertos. Ahora empezó a hablar.

—Maldita bastarda —dijo—. ¿Conque en tratos con la Policía? ¡Ah! —Ésta sílaba fue un verdadero aullido, destinado seguramente a poner en guardia a Harris y a Festos. La joven dio un salto hacia él y lo golpeó en la cabeza con las esposas un par de veces.

—Cree poder comprar la libertad de sus secuaces si nos delata —dijo con el pecho jadeante—. Pero está listo. Lo voy a tener sin sentido todo el tiempo que me dé la gana. Pero ¡váyase, estúpido!

—Tiene usted más agallas... —empezó él. Pero la chica lo empujó hacia la puerta, siguiéndolo. En aquel momento, oyeron ruido de alguien que subía la escalera silbando.

—¡Pronto! —le susurró—. Al otro lado del pasillo.

Tenían justo el tiempo preciso para doblar el recodo antes de que él que subía pudiera verlos. Pero luego...

Corrieron. Inconscientemente, la mano de la joven buscó la de su acompañante y éste la estrechó con una fuerte y cariñosa

presión. Llegaban ya al recodo del pasillo, mientras se clavaba todavía en sus oídos el silbido del caminante.

Después del recodo, el pasillo se prolongaba unas quince yardas más allá, hasta terminar en el muro de carga de la casa. Una ventana herméticamente cerrada y con rejas de hierro forjado, producto de algún artífice descendiente de andaluces, cerraba el corredor. A ambos lados de éste había una puerta. La de la izquierda estaba cerrada. La de la derecha, era el cuarto de Quasimodo. Fue allí donde se metieron ambos, jadeantes, con el corazón palpitante.

El hombre del silbido continuó corredor adelante hasta meterse en la puerta frontera al cuarto en que se habían escondido ellos. Por el silbido, la joven, reconoció a «Ravioli», quizá el menos peligroso de todos los ocupantes de la casa. Pero el italiano llevaba siempre encima de sí una automática, que podría atraer instantáneamente a los demás.

Lo oyeron trastear en aquel cuarto, sin dejar de silbar, seguramente recogieron materiales para su amada cocina. Luego, salir y cerrar de nuevo la puerta con llave. Nuevo silbido, esta vez con la melodía de «O, Marie» y sus pasos que se alejaban.

Edwin Carrington, el inspector del

F. B. I.,

miró a su alrededor dubitativamente, pero por lo visto Quasimodo no necesitaba armas, a no ser que tuviera alguna muy escondida. Pero el tiempo apremiaba. Tomó una silla de recio nogal, la partió y cogió una de las patas. Era un arma sumamente primitiva, pero lo mejor que podía conseguir en tan poco tiempo y en condiciones tan adversas.

—Ahora es cuando me voy, ángel —dijo—. ¿Qué dirán cuando se enteren de que ha sido usted quien me dejó escapar?

—No lo sé, pero procure que no los de tiempo para descubrir la fuga antes de que usted de aviso a sus compañeros. ¿Cree que vendrán en seguida?

—¿Dónde estamos? Yo estaba sin sentido cuando me trajeron aquí.

—Cerca de la ciudad, en la carretera Ciento Veintitrés. Hay por aquí cerca un arroyo al que llaman Pimmit.

—Ya sé dónde estamos entonces, preciosa. Cuídese. Voy a tratar

de abrirme paso.

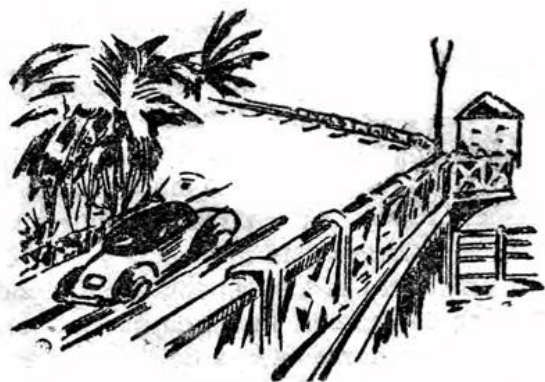
Salieron de nuevo al pasillo. A la distancia, oyeron los silbidos de «Ravioli» hasta que éstos se interrumpieron. Un poco más confiados siguieron adelante, pero todavía adoptando precauciones. Ahora, seguramente, el peligro estribaría en el piso de abajo, donde estuviesen Harris y Festos. El inspector echó una ojeada a su reloj y comprobó que eran las doce. Medianoche. Las horas habían corrido velozmente, porque apenas eran las cinco de la tarde cuando él estuvo en casa del gordiflón.

Doblaron el recodo. Ahora se trataba de ganar la escalera. Detrás de la puerta donde estuvieran encerrados, oyeron los gemidos de Rice que estaría, seguramente, recobrando el conocimiento en aquellos instantes.

Llegaron a la escalera. El primer peldaño. La joven seguiría con su compañero hasta el rellano bajo y allí se separaría, para irse a su habitación, que se rompieran la cabeza pensando de dónde había sacado el prisionero una llave y cómo se las había arreglado para librarse de las esposas.

El primer rellano. Los gemidos de Rice se habían hecho más intensos, tanto que la joven sintió cómo su propio corazón aceleraba sus latidos. De pronto, Rice estalló en un grito bestial, tartamudeando algo. Aquel grito tenía que haberse oído en toda la casa.

Quedaron un momento quietos, pero sólo fue un instante. Luego, Edwin Carrington se lanzó escaleras abajo hasta llegar al segundo rellano, en ángulo recto con la escalera. Y allí frenó bruscamente. Allí, a dos pasos de distancia, subía «Ravioli», el pistolero italiano, el hombre que cantaba «O, Marie».



Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:

AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

CAPÍTULO VIII



AY hombres que reaccionan muchísimo más rápidamente que otros, quizá por adiestramiento de los músculos o bien por una especial predisposición innata. Esto ocurrió ahora. Edwin Carrington reaccionó mucho antes de que su contrario pudiera reponerse de la sorpresa que lo acometió cuando vio libre al prisionero al que suponía en un cuarto y con un par de esposas. Antes de que hubiera tenido tiempo en darse cuenta de que la joven seguía al hombre, éste le caía encima en tromba.

El palo de la silla de la habitación de Quasimodo remolineó por encima de la cabeza del italiano y descendió sobre ella ferozmente. «Ravioli» abrió mucho los ojos, los cerró luego, muequeó y se cayó

al suelo sin más que un leve gemido. Edwin saltó sobre su cuerpo como una pantera y prosiguió, escaleras abajo, seguido de la joven que procuraba ganar el seguro refugio de su cuarto.

Ahora sí que habían fallado todos sus planes. El cocinero diría a Harris quién había librado al inspector del

F. B. I.,

y cualquiera podía prever las consecuencias. Quizá no consiguiera desarmarlo con arrumacos y carantoñas.

Llegaba ya casi al final de la escalera, cuando oyó ruido. Dobló rápidamente el último rellano y vio algo que la llenó de pavor. Harris y el gordo Festos, con las pistolas prestas en las manos, esperaban al inspector al pie de la escalera. Edwin sólo vaciló un momento. Al instante siguiente daba un salto para evitar la primera bala, salida del revólver de Festos y al siguiente caía sobre ambos.

Harris se apartó ágilmente para evitar el choque y disparó de nuevo, sin que su bala alcanzara a Carrington, aunque éste se salvó por un par de pulgadas. Toda la fuerza del choque se centró sobre el gordo, que recibió las ciento ochenta libras de Carrington de lleno.

Al golpe se vinieron ambos al suelo, y Festos dio con la cabeza contra el suelo, y perdió el conocimiento. Harris no se atrevió a disparar de nuevo, por miedo a herir a su compañero y en vez de ello, se lanzó a la lucha cuerpo a cuerpo.

Al caer encima de Carrington, éste se apartó un poco y logró enlazar el cuerpo de su contrincante por la cintura, mientras utilizaba generosamente el blando colchón que le ofrecía el gordo corpacho de Festos. Edwin era fuerte, más que Harris, y además, la práctica de la pistola había embotado un poco las facultades de lucha libre del falsificador. No hay mejor medio de que uno se apoltrone que darle un arma y permiso para usarla cuando le parezca.

La brusca presión de palanca del brazo de Carrington, derribó a Harris al suelo. El inspector, dejando el colchón, se alargó hasta cogerle de nuevo y volvió a enraizarle las manos al cuello, apretando a gusto.

Harris se puso violeta, encogió las rodillas, las apoyó firmemente en el epigastrio de Carrington y distendió los miembros como una ballesta, haciendo separase al agente un par de yardas, violentamente.

Hubo una pausa, mientras ambos se ponían en pie. A Harris se le había caído la pistola, y la buscó con el rabillo del ojo. Allí estaba, al lado de Festos, casi junto a la de éste. Llegar a ella sería su salvación, porque ya había visto que su enemigo lo superaba en fuerzas. Era, pues, cuestión de vida o muerte para apoderarse de aquel arma.

Pero Carrington había visto el movimiento de las pupilas de su contrario y no estaba dispuesto a dejarle hacerse con la pistola. Dio un salto de pantera hacia el cuerpo del caldo gordo, tratando de interponerse entre Harris y él, y casi lo consiguió. Casi, porque en aquel momento Festos recobró el conocimiento.

El gordo pareció darse cuenta de lo que ocurría casi al momento de volver en sí, porque alargó una mano, aprovechando que Carrington no lo miraba, y lo cogió de un tobillo, tirando fuerte hacia sí. El resultado sólo podía ser uno: Carrington vaciló sobre sus pies, cayó de rodillas tratando de librarse de aquella argolla de carne, y entonces vio cómo Harris se le venía encima. Levantó los brazos para defenderse, pero una patada bestial en la barbilla lo lanzó a tierra. Al instante, los cuerpos de ambos maleantes se montaron sobre el suyo y a duras patadas y puñetazos, lo dejaron inmóvil, Harris se levantó jadeante y apuntó con su pistola a la cabeza del caído, pero Festos le puso la mano sobre el hombro.

—Aquí, no, Clack —dijo—. Dejémosle para luego. Eso es lo que digo yo: mejor es tirarlo al río, eso es lo que digo.

Harris levantó la vista y la fijó en la aterrorizada joven.

—Gata —le dijo con voz sin inflexiones—. No eres más que una gata alegre.

Toda la amargura del hombre que se cree amado por una mujer y encuentra a ésta en aquellas condiciones, ayudando a huir al hombre que puede perderlos, vibraba en su voz. Dio dos pasos hacia delante y abofeteó la cara de Barbe con fuerza.

Quizá con otra muchacha le hubiera dado resultado tal trato, pero no con ésta. No con la muchacha que había llevado al «maqui» la nota en que se indicaba a qué momento pasaría un transporte alemán de tropas y municiones. La francesa levantó el brazo y, con la mano en látigo, flageló la cara del otro.

—¿Gata alegre, «sale bête»? Tú, mujercilla asquerosa que te atreves a pegar a una chica.

Le golpeó de nuevo, con todas sus fuerzas. Harris no esperaba una reacción así y retrocedió un paso, asombrado y... ¿por qué no decirlo?, dolorido, porque la joven había aprovechado bien la gimnasia que le hicieran hacer en el colegio.

—Anda, marrano, «canaille, cochon», golpéame tú ahora, que te toca el turno. ¡Infeliz!

La chica actuaba con muy poca diplomacia. Hubiera podido atraerse de nuevo a Harris si hubiera persistido en sus arrumacos, pero la ira no le dejaba ver claramente las cosas. Con las manos en las caderas el pelo suelto y las piernas separadas, parecía una «valkiria» nórdica dispuesta a la pelea.

—Brava yegua —dijo Festos admirado—. Eso es: brava. Mira, mira cómo se defiende.

En aquel momento entró Girbal en la habitación. Detrás de él, atemorizada, venía Maggie.

—¿Qué pasa? —preguntó Girbal. No era tonto y se dio cuenta de que algo ocurría.

—Pillé a su hija cuando ayudaba a huir a ese tipo —dijo Harris con la cara roja por los insultos y las bofetadas—. Esto les va a costar caro a ustedes dos, porque no pienso permitirselo. Usted también será cómplice —añadió acercando mucho la cara a la del grabador.

—Si se atreve a tocar a mi padre, le juro que tendrá que desmayarse para librarse de mí —le avisó la joven—. ¡Un hombre! ¡Puah! —Escupió al suelo con tanto desprecio que aquello era casi una bofetada física para Harris—. Con ancianos y mujeres. Pero mire, si no llega a ser por Festos, menuda paliza la da ése que está ahí en el suelo.

Aquello ya era demasiado para Harris. Abrió la boca y lanzó un rugido que redujo al silencio por el momento a la muchacha.

—Cállese ya, bruja —chilló con el alma dolorida por los desprecios de ella, de la que se había enamorado hasta la medula. Todos sus sueños habían desaparecido. Contó con irse con ella a América del Sur o a Europa, para vivir allí tranquilamente con el fruto de su falsificación—. ¡Cállese! Festos, mete a estos dos en el comedor y no te separes de ellos. «Raviolis» y yo nos encargaremos de deshacernos de este tipo. Venga, de prisa.

«Ravioli» ya había vuelto en sí y se unió a ellos atontado. Lo

primero que hizo fue darle una patada al inmóvil cuerpo del agente del

F. B. I.,

para vengarse por el trastazo. Luego, entre Harris y él cogieron el cuerpo y se lo llevaron.

—Y yo, ¿qué? —preguntó Maggie.

—¿Tú, encanto? —Festos se volvió hacia ella—. Pues vienes también con nosotros. Así os tendré a todos vigilados. Me gustó la pelea, muchacha —le confió a Barbe—. Me gusta la gente combativa, pero no ensayes conmigo esas mañas, ¿eh?

—A usted lo quiero yo mucho —afirmó ella, tratando de sonreír, aun cuando tenía acongojado el corazón por la suerte que pudiera correr el inspector—. No me meteré con usted. Pero, Luke —añadió, llamándolo por su nombre por primera vez—, ¿no comprendes que si matáis a un agente, os colgarán?

—No, preciosa. No nos colgarán, porque no nos cogerán. Tenemos tiempo para huir llevándonos los billetes. Ya verás, te digo yo. Tengo una idea, eso es, una idea, que ya verás lo que nos da. Siento que te hayas puesto así con Clark. Es un buen muchacho y estaba enamorado de ti, eso es lo que yo digo: enamorado de veras.

Ella calló. Habían entrado en el comedor, una amplia pieza a uno de cuyos lados había un trinchero-nevera. Festos se inclinó sobre él, lo abrió y sacó una fuente con emparedados de queso, huevo duro y tomate. Ávidamente se metió uno de huevo en la boca.

Girbal estaba pensativo, y de cuando en cuando miraba hacia el gordo con un poco de ira. Maggie había encendido un cigarrillo con mano temblorosa, y se acercó para tomar otro emparedado. Barbe se había recostado contra la mesa y pensaba, angustiada, en la suerte del buen mozo del inspector. Un par de veces lo había mirado, y se había dado cuenta de que era un hombre cabal. Un hombre que no merecía la suerte que, sin duda, le estaba reservada.

Maggie dio un mordisco al emparedado, y puso cara de asco.

—¡Puah! —Hizo—. Parece que cuando cortaron el huevo tenía ya un pollo a medio hacer dentro —dijo.

Festos puso una cara indefinible, pero sus mejillas colgantes empezaron a temblaquear. Y sus ojos se abrieron un poco.

—¡No vuelvas a decir eso! No vuelvas a decirlo, ¿sabes? Porque

te doy de bofetones.

Girbal y Barbe levantaron la cabeza, sorprendidos. La reacción del gordo había sido por completo, imprevisible.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maggie—. Perdona, si te molestó.

—Es que me dan náuseas cuando se habla de eso —había dejado la pistola sobre el trincherero, porque sabía que, si lo atacaban, le bastarían sus manos para defenderse.

Barbe entreabrió los húmedos labios y echó una rápida mirada a su padre. No en vano habían vivido siempre juntos y se conocían perfectamente. Una sombra de comprensión cruzó de uno a otro. Festos había vuelto a mordiscar su bocadillo, pasado ya el momento.

—A mí nunca me molestó eso —declaró Barbe. E hizo una rápida seña a la rubia Maggie, pero ésta pareció no comprender de momento.

—Yo, de pequeña, cogía las cucarachas con la mano.

—Y un día tuve que llevarla de prisa a una clínica, porque había metido una en un trozo de pan y se le atragantó —intervino su padre, dulcemente evocador de las travesuras de Barbe.

—¡Que se callen, malditos canallas! —articuló Festos, dejando caer su emparedado al suelo—. ¡Que se callen, digo, porque los apaleo! ¡Asquerosos! —aulló, pasando la comida de un lado a otro de la boca, sin poder tragarla.

Ellos retrocedieron un poco, y Maggie se disponía a abrir la boca para soltar cualquier otra indecencia, cuando intervino doctoralmente Barbe:

—*Madame* de Guyon —dijo— recogió del suelo un gargajo de flema, de un aspecto particularmente repugnante, y se lo metió en la boca para probar su fuerza de voluntad.

Festos abrió y cerró su boca epilépticamente. Luego, de pronto, se llevó la mano al estómago, la subió por el esófago, se volvió de espaldas, inclinándose hacia el suelo.

Un hombre atacado de bascas, vomitando, es hombre al agua en cuanto a defenderse se refiere. Festos estaba tan indefenso como un niño de cinco años. Girbal cogió una silla, una pesada silla de roble, se acercó a él y se la estampó en la cabeza con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, Barbe se apoderó de la pistola y encañonó al gordo.

El silletazo había hecho caer a éste al suelo, y ahora trataba de

levantarse. Al verse encañonado por su propia pistola, pareció comprenderlo todo.

—Conque era eso, ¿eh? —dijo—. Conque era eso... ¡Canallas! Yo me porté bien con todos ustedes, y así me lo pagan. Pero no piensen que podrán escaparse de aquí. No lo lograrán, porque le echaré mano Harris. Ya lo verán. Ya verán como lo que yo digo...

—Se trata de simple cuestión de supervivencia, Festos —dijo Girbal—. O ustedes, o nosotros. Y preferimos ser nosotros. Sírvase poner las manos en la nuca. Conozco bien estos chismes y sé cómo utilizarlos.

—Entonces, ¿por qué y cómo va a disparar con seguro echado? —preguntó burlonamente Festos, sin obedecer.

Pero se olvidaba de que Girbal había hecho la guerra del catorce al dieciocho. La respuesta fue apuntarle directamente a la cabeza.

—El seguro está quitado, míster Festos. Si no levanta usted las manos y las pone tras de la nuca, dispararé.

Como era la verdad, Festos obedeció. La joven Barbe, que se había aproximado detrás de él con un cazo de metal de gran tamaño, le dio un golpe en el cuello, en la parte baja de la nuca. Fue un golpe bastante científico, que derribó a Festos al suelo como un saco de coles.

—Atenlo ustedes —dijo Girbal.

Maggie y Barbe buscaron cuerdas y ataron convenientemente al gordo, hasta convertirlo en un fardo. Cuando terminaban, recobró el conocimiento.

Aun siendo dos hombres para llevarlo, el cuerpo del inspector Edwin Carrington, del

F. B. I.,

resultaba pesado de llevar. Cuando «Ravioli» y Clark Harris salieron al jardín, al que alumbraba una hermosa luna creciente, estaban ya sudando.

—Mejor sería matarlo aquí mismo y llevarlo en una carretilla hasta el río —dijo el italiano.

—No quiero. Quiero que muera ahogado, no por bala —respondió Harris, quietamente—. Que nadie pueda sospechar que nosotros lo matamos. Que parezca un accidente. Le ataremos a los pies una piedra grande y lo echaremos al Potomac.

Dentro de algunos años, cuando la cuerda se haya podrido, el cuerpo subirá a la superficie. Pero no habrá ser humano capaz de reconocerlo. Entre tanto, nosotros, como el humo.

—Me parece muy bien —asintió el otro.

Cargaron de nuevo con el cuerpo, pero esta vez lo llevaron entre los dos hasta la puerta, sujetándolo como si estuviese ebrio. Harris abrió la pesada poterna y salieron a la carretera, cuyo asfalto brillaba bajo la luna.

Pero vieron a varias personas que venían en dirección contraria. La primera idea de Harris había sido llevar a su enemigo en brazos hasta el río, un poco por encima de las Pequeñas Cascadas, hacia Brookmont, como si fueran tres amigos que acabasen de estar de juerga. Pero el ver tanta gente le hizo variar de opinión.

—Saca el coche —le dijo al italiano.

Éste soltó al inspector y se internó de nuevo entre las sombras, mientras Harris se ocultaba en las sombras del portón. Los que llegaban eran un puñado de chicos y chicas, en mangas de camisa y en «maillot», que iban camino del río para nadar en el embarcadero del Puente Chain. Pasaban charlando animadamente, y de cuando en cuando, uno gastaba una broma.

Harris maldijo en voz baja. Parecía que toda la juventud de los alrededores se había dado cita en las cercanías de las Pequeñas Cascadas. Esto les iba a imposibilitar las cosas.

Absorto con los chicos que se iban y de otro grupo que aparecía a lo lejos, bañado por la luna, y del que se escapaba una voz de barítono que entonaba una canción española, no se dio cuenta de que su prisionero empezaba a recobrar el sentido. Pero Carrington era demasiado zorro viejo para empezar a actuar antes de tener los sentidos bien despiertos. Era la tercera vez en un día que lo dejaban sin conocimiento, y eso es duro aun para una persona tan fuerte como era él.

Esperó, pues, un poco, y luego, cuando creyó que podría coordinar perfectamente ideas y movimientos, empezó. La primera noticia que Harris tuvo que algo anormal pasaba allí, algo con lo que no había contado, fue un golpe en el vientre que le hizo doblarse en dos, soltando al inspector, como es natural. Al instante, sintió que un puño duro como una clava le aporreaba la mandíbula, y que una de sus orejas empezaba a zumbarle a consecuencia de

otro golpe. Pero Carrington dio este último golpe con saña. Para ello no tenía más que abrir la mano, y el oído le zumbaría a Harris durante un buen espacio de tiempo. La idea de Carrington era apoderarse de la pistola de su enemigo para reducirlo con ella, ya que no quería matar mientras le fuera posible evitarlo.

Harris se repuso y contestó con un «*swing*» que Edwin blocó perfectamente, contestando con un golpe corto al pecho y otro a la cara. Harris cayó a tierra, levantando la pierna en el momento en que Carrington se le venía encima. Edwin tropezó con el pie distendido y se echó atrás, tropezando. Esto le dio tiempo a Harris para sacar la pistola del bolsillo de la chaqueta.

El Inspector del

F. B. I.,

se echó a un lado en el momento en que la bala le pasaba silbando la oreja derecha. Se encogió cuanto pudo y saltó fieramente sobre su contrario, para evitar que éste disparase de nuevo, pero en aquel momento vio los faros del automóvil de «Ravioli», que llegaba por el sendero, y comprendió que le quedaban pocas probabilidades de escapar.

De la carretera llegaron gritos de alarma y una muchacha chilló histéricamente. Edwin se incorporó, pegándole una patada en el rostro a Harris, y escapó a todo correr hacia la carretera. Detrás de él se oyó una seca explosión, apenas algo más que una palmada, y una bala levantó una pequeña fontana de arena casi a sus pies.

Los Jóvenes que se dirigían a nadar se desbandaron en la carretera, tirándose hacia los lados de la cuneta, mientras las chicas armaban un guirigay de gritos, alaridos y gorgoteos ahogados.

El coche apagó los faros al llegar a la carretera, y Edwin, volviéndose, vio cómo una figura, Harris, saltaba al estribo. Y el potente automóvil se dirigió como una flecha hacia él.

No le quedaba más que un medio para salvarse: hacerse a un lado. Y eso si no se ponían a tirotearlo a gusto, que sería seguramente lo que harían. Pero no tenía más remedio que correr el riesgo o, de lo contrario, no tendría salvación.

Con todas sus fuerzas, poniendo en juego los músculos de las piernas, se lanzó a la cuneta, vaciló, cayó y se puso en pie al momento para echar a correr por el campo.

El automóvil se acercaba a toda marcha, y de una de las

ventanillas empezaron a salir los

«plop-plop»

de la pistola provista de silenciador. Dos balas chocaron en la tierra, cerca de él, y la tercera lo alcanzó en el hombro. El golpe del proyectil lo cogió en una posición forzada, mientras corría, y comprendió que iba a perder el sentido. El «auto» había frenado allí mismo, y una figura bajaba del coche.

Pero los gritos de los jóvenes que corrían campo atravesado para alcanzar un lugar seguro eran peligrosos para los maleantes. Habían visto caer a Carrington, y aquello les hizo creer que lo habían matado. No había otra posibilidad de escape que volver a la casa y emprender la huida. Todos sus planes habían fallado.

Maldiciendo con vehemencia, Harris dio la vuelta al volante, y se dirigieron de nuevo hacia la casa. Por lo menos, le quedaba el consuelo de creer que el hombre que había deshecho todos sus proyectos había muerto o estaba a punto de morir. Era un consuelo, en verdad.

Pero Edwin Carrington no había muerto, ni pensaba morir aún. Sintió cómo le corría la sangre brazo abajo, y un lancinante dolor en el hombro. Debía tener roto un hueso. Esperó hasta que el coche desapareció, y luego, trabajosamente, consiguió llegar a la carretera.

Ésta se había animado perceptiblemente. Hubiera sido en invierno, y nadie, salvo algún ocasional policía, hubiera acudido. Pero en primavera, sí. Habían aparecido varias personas, y un hombre gritaba roncamente en alguna parte.

Se tropezó con dos hombres que avanzaban, saliendo de los setos, de donde se habían escondido, y ambos dieron un respingo de susto, creyendo que tenían delante a un malhechor.

—La Policía... —dijo Carrington, casi sin resuello, y sintiendo cómo aumentaban sus dolores—. Llamen a la Policía.

—Está herido —dijo uno de ellos, mirando aquel líquido pardusco que le manchaba la manga del traje—. ¡Está herido!

—Soy del

F. B. I.

—articuló Edwin—. ¡Llamen a la Policía, demonios!

En aquel momento, y debido a la pérdida de sangre, sintióse mareado, y tuvo que apoyarse en uno de los hombres. Entre los dos

lo cogieron, y a pesar de sus protestas se lo llevaron en volandas. Varias personas más se habían arremolinado, pero nadie sabía dónde habrían podido meterte los agresores.

Carrington perdió el conocimiento antes de llegar siquiera a la divisoria del condado de Fairfax. Había pasado un día muy agitado y lo habían golpeado muchas veces. Entre eso y la hemorragia, se consumó todo.

No recobró el conocimiento hasta que un médico, en el hospital católico, le hizo reaccionar. Para entonces, y como viera el sol muy alto, a través de la ventana de su cuarto, comprendió que toda esperanza de encontrar a los falsificadores se había perdido.

Empezó a maldecir abundantemente y con gran conocimiento específico de los juramentos, hasta que entró una monja en el cuarto.

Edwin era un caballero y se calló inmediatamente.

—Hay otras maneras de desahogarse —dijo la religiosa, con una suave sonrisa.

Era una mujer de mediana edad, y un par de lentes de pinza temblequeaban en su nariz, corta y graciosa.

—Lo siento, hermana; pero se me escapó. Es mi mala suerte. Cuando tengo una cosa entre manos, me molesta ver cómo me la quitan.

La monja le tomó el pulso competentemente.

—Hay un caballero que quiere verlo —dijo—. Creo que es de la Policía. ¿Quiere que pase?

—Me va a echar los perros encima, hermana, pero... hágale pasar.

CAPÍTULO IX



L gordo Festos había dejado de jurar cuando lo amarraron convenientemente las dos muchachas. Girbal, sin soltar la pistola, se dirigió a ellas. Ya no era el dulce hombrecillo que se paseaba por el cementerio de Montmartre y compraba libros en la ribera del Sena. Era el hombre que, revólver en mano, había peleado en Verdún y en el camino de Yprés, el hombre para el que los alemanes no habían resultado enemigos demasiado peligrosos.

—Vamos a salir de aquí, sea como sea —anunció—. Vamos.

—Papá, ¿y el...?

—No lo sé, hija. Ya veremos. Por de pronto, corre más prisa todo esto.

Maggie y Barbe se dirigieron a la puerta. En aquel momento, de

alguna parte, les llegó el ruido ahogado de un disparo. Los dos franceses se miraron, y en las pupilas de la joven habla una clara interrogación y... algo más.

—Vamos —repitió Girbal, con voz que no temblaba.

Los tres atravesaron la puerta y llegaron al vestíbulo. La puerta de salida al jardín estaba abierta. Fuera, las negruras del follaje, plateadas de luz de luna, que dibujaba temblorosos estanquitos de luz en el suelo, y hacía brillar los senderos enarenados.

—Adelante —volvió a repetir el grabador.

Y echaron a andar por uno de los caminos, el que conducía a la entrada de la casa desde la carretera. Oyeron de pronto el ruido de voces lejanas y el rugido del motor de un automóvil. No sabían lo que era, y Barbe se pegó a su padre, un poco temblorosa.

—Valor, «ma chérie» —musitó Girbal, apretando más fuerte la pistola en la mano derecha—. Ya falta poco, hija.

Casi estaban ya delante de la tapia, al lado de la puerta metálica, cuando volvieron a oír el ruido del motor. Esta vez se acercaba hacia ellos.

—¡Cristo! —dijo Girbal.

Pero no prosiguió. No quería alarmar a las muchachas. Pero sabía perfectamente que el peligro estaba enfrente de ellos, allí, a pocas yardas.

El peligro pasó. Se oyó la voz ahogada de Harris, y ellos, escondidos entre la penumbra, vieron como «Ravioli» y Clark atravesaban la poterna. Hubieran podido pasar inadvertidos, pero los faros del coche, que forzosamente habían de ir encendidos si querían atravesar el jardín, los descubrieron. Al instante, un brusco frenazo hizo chirriar la grava al deslizarse sobre ella los neumáticos.

Girbal comprendió que la única posibilidad que tenían de escapar consistía en dar la cara y pelear. Y se lanzó a la pelea.

—¡Alto! —aulló, procurando no salir de la parte oscura en que se hallaban.

Detonó una pistola y la bala pasó silbando sobre sus cabezas, para introducirse blandamente entre el follaje. Luego, la pistola de «Ravioli», la que estaba provista de silenciador, cloqueó también. Pero su disparo no fue más eficaz que el de Harris. Entonces le tocó el turno a Girbal.

Disparó contra el coche, casi sin hacer puntería, porque apenas

podía ver. No obstante, se oyó el ruido de cristales rotos y una voz aflautada invocó a la Madona quejumbrosamente.

—¡Uno! —contó Jules Girbal un poco enronquecido.

Una voz soltó una chaparrada de palabras en inglés, y la pistola de Harris habló de nuevo. El francés puso cara de asombro, tosió y se desplomó al suelo, sujetando su arma con firmeza. Se arrastró hasta el camino y se hizo más visible aún. Entonces, Harris, a sangre fría, disparó de nuevo. Esta vez lo hizo sobre blanco seguro, ya que el traje oscuro de Girbal destacaba precisamente sobre la iluminada arena.

Barbe lanzó un grito desgarrador y se precipitó hacia su padre. Maggie la siguió sin gritar, pero temblando, y, sin saberlo, entró en el área de luz. Al instante, Harris la baleó sin pensarlo dos veces. Los gritos de Barbe fueron ahogados por el chillido de la rubia, que se cogió el vientre con ambas manos y, sin dejar de aullar, dobló una rodilla, hasta caer al suelo.

Una silueta oscura descendió del automóvil y se aproximó al grupo. Algo brillaba en la mano de Harris. Pero no utilizó la pistola de nuevo, sino que se inclinó sobre Barbe, que parecía una loca, abrazada al cuerpo de su padre, le golpeó la cabeza con el arma y se apartó un paso.

La muchacha dejó de sujetar a Girbal, el que perneaba débilmente en el suelo, y cayó hacia delante. Harris la recogió antes de que tocara la tierra, la levantó y corrió hacia el auto.

Harris había perdido todo sentido de la proporción. Sabía que tenía una necesidad ineludible de huir, porque la Policía se le echaría encima en cualquier momento; pero ni aun así había olvidado su pasión para la chica que le trastornó los sesos. Huiría, sí, pero se la llevaría con él.

Ahora, según pensaba él, el agente del
F. B. I.,

estaba muerto. Muerta, o por lo menos malherida, Maggie. Muerto el hombre que le hacía las planchas. Muerto Rice. Muertos todos menos él y la joven. Ahora, a huir.

El italiano «Ravioli» estaba caído sobre el volante del coche, muerto, porque lo alcanzó de lleno en el corazón el disparo de Girbal. Harris abrió la portezuela de su lado y lo echó fuera de una patada. Depositó el cuerpo de la joven a su lado, tomó el volante y

dirigió el coche hasta la casa. Necesitaba proveerse bien de billetes falsos antes de emprender la huida.

Se apeó, y, tomando de nuevo a la joven en brazos, atravesó el umbral. Antes de entrar en el vestíbulo oyó los gritos de Festos que estaba dando unas voces atronadoras. Soltó a Barbe, penetró en el comedor y se encontró al gordo amarrado como un cerdo.

—¡Idiota! —chilló, sacando del bolsillo un cortaplumas muy afilado y cortando las cuerdas.

Al instante, el hombre se puso en pie, voceando.

—Nos han descubierto, pero aún podremos escapar —dijo Harris, mientras los azules ojos le brillaban peligrosamente—. He matado a Girbal y a Maggie. Nadie sino nosotros sabe ahora quiénes somos ni lo que vamos a hacer.

—¿Y «Ravioli»? —preguntó Festos.

—Muerto —dijo concisamente el otro—. Vamos abajo a recoger los billetes.

Festos se mostró a la altura de las circunstancias. Sin preguntar nada más, lo siguió hasta el vestíbulo. Allí miró por un momento a la inanimada muchacha y se preparó para dirigirse a la cocina. Fue en aquel momento cuando oyeron la primera lejana sirena policíaca.

Ambos se miraron, pero en ninguno de ellos había temor.

—Tenemos tiempo —dijo Harris—. Cógela, no sea que se vaya a escapar.

Festos, tomó entre sus nervudos brazos a Barbe y siguió a su camarada. Llegaron a la cocina con rapidez, y Harris movió la alacena gigante hasta dejar al descubierto la entrada al pasadizo que conducía al sótano. No había temor en ninguno de ellos, pero sí agitación. Como dijera Harris, tenían tiempo, sí, pero no demasiado.

Cubrieron el camino hasta la rotonda en muy poco tiempo. Abrieron la puerta que daba al taller y hasta ellos llegó el penetrante olor de la tinta de imprenta y de los ácidos para grabar. En realidad, la empresa de Rice estaba perfectamente montada. Harris y Festos no eran solamente pistoleros, sino hábiles obreros. Harris trabajó durante bastante tiempo en una imprenta y conocía perfectamente las máquinas y la mejor manera de utilizarlas. Festos estaba familiarizado con la impresión y era un espléndido conocedor de su oficio. Y Rice proveía de papel.

A la izquierda del taller estaban amontonados los fajos de billetes de cinco dólares y sobre una amplia mesa, enteramente cubierta de chismes, estaba la plancha de diez dólares. Harris la miró con pena. Muchas habían sido las ilusiones que en ella se forjaros todos pero ahora no había más remedio que abandonarla allí para cuando llegara la Policía.

Rápidamente, sin desperdicio alguno de tiempo ni de movimientos dos voluminosas maletas de piel de cerdo fueron llenadas con aquellos fajos. Cuando ambas tuvieron sus vientres henchidos, llegó la hora de partir. Y era tiempo.

Esta vez, Harris cogió a la joven entre sus brazos, delgados, pero nervados, y Festos cargó con las maletas. Una rápida carrera los llevó hasta el arranque de la escalera y empezaron a subirla. La libertad, la preciosa y ansiada libertad, los esperaba allí mismo a la puerta de la casa.

Harris miró su reloj de pulsera sin dejar de correr, doblando para ello la cabeza sobre la joven. Al hacerlo así, su boca se halló muy cerca de los cabellos de ella, y sin pensarlo, dominado por aquella pasión que concibiera el mismo día que la conociera, besó las suaves hebras.

Ya llegaban. Unos pasos más y estarían por fin a salvo. Todo era montar en el coche, ponerlo en marcha y salir del parque. De algún lugar no lejano les llegó el aullido desgarrador de la sirena, mientras la oscuridad de la noche se rompía por los faros de varios automóviles.

—¡Maldición! —dijo Festos, que caminaba delante—. Nos han cortado el paso.

Varios coches, negros y potentes, patrullaban la carretera de un lado a otro. Era evidente que no sabían dónde encontrar a los agresores del agente del

F. B. I.,

pero que sabían aproximadamente, por los muchachos, que era alguna de las casas de la ribera. Y andaban explorando todo, desde el río hasta varias millas al interior.

—El sótano —dijo Harris—. No tenemos más remedio que meternos allí hasta que haya pasado todo.

El gordo puso mala cara.

—Podríamos salir y pegar la carrera —dijo.

—¡Imbécil! Nos darían el alto apenas nos moviésemos. Y nos cogerían con la chica desmayada y los billetes. No; ellos no pueden saber cuál es la casa. Y si vienen a ésta, no podrán encontrar jamás el camino al pasadizo. Vamos. Coge toda la comida que puedas en la cocina y llena algunos cacharros con agua. Quizá tengamos que pasar un par de días ahí abajo, pero nadie sabrá dónde estaremos.

Mientras Harris desandaba el camino de nuevo, Festos se metió en la cocina y se apoderó de un par de jamones, varias cajas de conservas y botellas de cerveza en abundancia. Lo metió todo en una caja de embalaje, se la echó a la espalda y siguió a su camarada.

Pronto se encontraron de nuevo en el subterráneo. En una de las habitaciones que daban a la rotonda habla literas de las que la Marina de los Estados Unidos se deshizo al terminar la guerra y que abandonado en los barcos de transporte de tropa. En una de ellas, colgada de dos garfios en la pared depositó a la joven.

La contempló un momento y en su expresión había amor y odio porque no podía por menos de sentirlo. Odio porque ella había hecho fracasar todos sus planes. Pero fuese para demostrarle su odio o su amor, el caso es que no podía separarse de ella. La necesitaba junto a él.

—Y ahora —dijo— a esperar.

Festos se estaba comiendo un gigantesco emparedado de tres pisos con jamón y jugo de tomate.

—Sí —dijo con la boca llena—. A esperar.

En ese momento, la joven arrió los ojos.

El inspector jefe Tantall seguido del ayudante Brewster, penetró en la llanca habitación de la clínica del hospital médico. Más que nunca parecía un Churchill dispuesto a revisar las tropas del VIII Ejército en África del Norte.

—Bien; maldita sea mi estampa —declaró apenas puso un pie dentro—. Por todos los diablos del infierno, encarnado y sin encarnar, ¿me va a decir qué diablos espera usted para...?

—Calma, señor —aconsejó Edwin, palpándose su dolorido hombro.

Habían sido tales las palizas que había tenido que soportar en un solo día, que su cara apenas era reconocible. Tenía ambos ojos hinchados y semejantes al arco iris. Los labios tumefactos y un

rasguñón enorme en una mejilla.

—¡Qué calma ni qué...! —se contuvo al ver a una monja que se aproximaba—. Hermana —preguntó—, ¿está mejor este hombre?

—El médico dice que sanará pronto. No lo cansen demasiado, señores.

—Descuide. Y ahora...

—Un momento, señor. ¿Han cogido ya a esos hombres?

—Pero ¡cómo diablos! Insolente; eso es lo que es usted, Carrington, un insolente. ¿Cómo diablos íbamos a coger a nadie si usted no se preocupó siquiera de hacernos saber que los vigilaba? Se largó ayer a mediodía y por la noche nos lo encontramos; casi a la madrugada nos enteramos por el médico de aquí de que lo han encontrado herido y magullado. ¿Qué infiernos significa esto?

—Me cogieron los pollos, señor. Y tuve suerte, mucha suerte al poder escapar con sólo está herida. Los hombres se habían hecho el propósito de enviarme a Arlington a hacer compañía al soldado desconocido.

—Explíquese.

Edwin tardó menos de cinco minutos en terminar su historia. Brewster silbó suavemente al acabar y se ganó una furiosa mirada del inspector jefe.

—Entonces, aquello debe estar convertido en una carnicería, ¿no es así?

—Así es, señor.

—¿Qué casa?

—No puedo decirlo, señor; pero sé que tiene un parque muy grande delante. Me llevaron allí desmayado y cuando salí tenía bastante que hacer tratando de que las balas no me agujereasen la pelleja para fijarme bien. Pero hay un gran parque.

—Brewster.

Aquello sonó como un latigazo. El joven ayudante de Carrington se puso firme.

—Póngase en comunicación con la Policía. No puede haber muchas casas con esas características en ese mismo sitio. Y si las hay, ¡por Cristo!, se registran todas, una a una. ¡Quiero a esos tipos!

Brewster salió a paso de carga. Carrington miró hacia otro lado.

—Hay la muchacha —dijo—. Tanto ella como el padre están, por lo visto, obligados por los falsificadores. Ellos me ayudaron a

escapar. Es decir, ella; pero me imagino que el padre estará de acuerdo con la chica.

—¿Es bonita? —preguntó Tantall incongruentemente.

—Como un hada, señor.

—Y francesa, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Bien; la Sûreté debe saber algo de ellos. Ve y a telegrafiar ahora mismo. Y usted procure descansar, Carrington. Se ha metido en algunos líos buenos. Cuando esto termine lo propondré para un permiso un poco más largo que lo normal.

—Gracias, señor. A lo mejor lo aprovecho para casarme.

Tantall rió y se marchó de la habitación. Un momento después, Carrington caía en un profundo sueño, mientras soñaba que Barbe Girbal llegaba por el aire hasta él y le besaba los labios.

La Sûreté francesa contestó aquella misma tarde, a primera hora. En cuanto leyó el informe, el inspector jefe Tantall supo que la búsqueda del misterioso grabador había terminado. La Policía francesa no tenía nada contra él, y, por tanto, pasaban los cargos a la americana.

La Policía no logró descubrir la casa. Localizaron tres edificios con grandes parques alrededor. De ellos, dos estaban ocupados por familias importantes. El tercero, desocupado. Se advertía que no se había ocupado desde hacía bastante tiempo. La Policía de Virginia afirmó que había patrullado la ruta 123 hasta cansarse e indicó otra posible dirección. Pero no fue necesario.

Un par de jovencitos de dieciséis años comentaban los incidentes de la noche anterior, mientras paseaban bajo el radiante sol primaveral. Fue el muchacho quien vio algo que brillaba junto a la cuneta. Se agachó y levantó algo entre los dedos. La muchachita dio un ligero gritito.

—¡Por Dios, Tommy, suelta eso! —dijo.

Y el chico soltó la pistola como si ésta le abrasase las manos.

—Yo..., éste..., llamaría a la Policía. Recuerda que dijeron que estaban buscando.

Ambos miraron a su alrededor temerosamente, por si acaso asomaba algún «gángster» por allí cerca. Los relatos de los sucedidos de Chicago eran demasiado espeluznantes para no asustarse.

—Va..., v-v-vamos a la Policía —insistió ella.

A pesar del sol, las sombras del parque de la «Sunset», la villa del rico extranjero, les hicieron apretar el paso. El chico no lo dijo, pero vio que la puerta estaba cerrada como siempre. Pero dejaba una rendija por la parte de abajo, y, a través de ella, tan rápidamente que no hubiera podido jurarlo, le pareció distinguir una mancha un poco más clara que el resto del follaje. ¿Una falda? No lo sabía.

Un fornido sargento de pelo canoso atendió a los chicos. Cogió la pistola, se la llevó a la nariz y la olió ligeramente.

—La dispararon hace poco tiempo —dijo—. Vamos, chicos, gracias, y largaos a nadar por ahí. ¡Eh! Avisen a los coches y al inspector Tantall.

Un momento después, una procesión de coches policíacos desfilaba por la ruta, camino de «Sunset». Iban tres, cargados de agentes uniformados, y otro en el que marchaban Tantall y Brewster con una pareja de agentes federales.

Se detuvieron ante la puerta de la valla, y el inspector jefe buscó el timbre, mientras los policías se esparcían alrededor, con las armas automáticas preparadas en las tensas manos.

Una, dos veces, tres, apretó el zumbador. El silencio más absoluto fue la respuesta. Allí, o no había nadie, o no querían abrir. Fue entonces cuando el sargento recordó algo.

—El chico dijo que le parecía haber visto algo por la ranura de abajo, señor —dijo dirigiéndose al inspector jefe.

Un policía, sin esperar órdenes, se agachó y miró. Cuando se levantó se veía una expresión intrigada en su rostro.

—No sé lo que es, señor; pero parece como un vestido de mujer.

Tantall maldijo por lo bajo. Quizá habían asesinado a aquella joven por la que parecía interesarse Carrington. «Sería mala pata para el pobre chico», pensó.

—Tírenme eso abajo —ordenó—. Ábranlo con ganzúas o con demonios, pero ábranmelo.

Uno de los agentes del
F. B. I.,

sacó un par de herramientas del coche y probó la cerradura. Ésta, de antiguo modelo, resistía bastante bien. Uno de los policías de uniforme adelantóse con la ametralladora portátil en la mano.

—Todavía no —dijo el federal—. Creo que podré arreglármelas.

La puerta se abrió, por fin, sin producir chirrido alguno. Los goznes estaban bien aceitados.

Y apenas se abrió, pudieron ver perfectamente lo que era aquello.

El suelo estaba cubierto de sangre, como si hubiesen estado sacrificando reses allí. Pero no eran reses. De entre los arbustos salía el cuerpo de un hombre, a medias, pues su parte inferior estaba tapada por el follaje. Tenía dos balazos en el cuerpo, y por ambos había sangrado abundantemente. Era un hombre de mediana edad, de cabello gris y bigote cortito, a cepillo. Tantall lo reconoció por la descripción de la Sureté. Se trataba de Jules Girbal, el hombre que podía grabar los billetes de cinco dólares de tal manera que, si alguien no los marcaba, pasarían por legítimos.

El otro cuerpo era una mujer. Estaba tendida al lado del hombre y con ambas manos se mantenía cogido fuertemente el estómago. También estaba muerta y se veía que había sufrido mucho, al revés del hombre, cuyo rostro sólo serenidad reflejaba.

Y unos pasos más allá, otro. Un latino inconfundible, de pelo negro y ensortijado y tez olivácea. Un italiano del Mediodía. Una bala le había atravesado el corazón y yacía encogido. Una parte de su cara estaba en carne viva, como si lo hubieran arrastrado por la tierra o tirado violentamente.

—¡Santo Dios! —dijo el sargento de la Policía—. Buena faena, señor.

—La chica debe ser la que dijo Carrington —dijo Tantall pensativamente—. Pero no es tan bonita como él decía. Solamente atractiva.

—A la casa —dijo Brewster, con los azules ojos acerados fijos en el camino—. Si no han huido, deben estar dentro, señor.

—Así es. Adelante, y procurad no enseñar demasiado de los cuerpos, para no ofrecer demasiado blanco.

Los policías se desparramaron por el parque, pisando los macizos y «parterres», que, por otra parte, estaban bastante abandonados. Lentamente, con grandes precauciones, fueron aproximándose a la casa. Ningún ruido salía de ella. El silencio más absoluto en aquella mañana de mayo.

Por fin, Brewster, más joven e impulsivo, dio un salto y llegó

hasta el porche. Allí había un automóvil con el parabrisas destrozado por algo que bien podía ser un balazo. Nada más. Un automóvil.

Atravesó el porche, agachándose, mientras lo seguían varios policías más y llegó a la puerta. Ésta estaba cerrada.

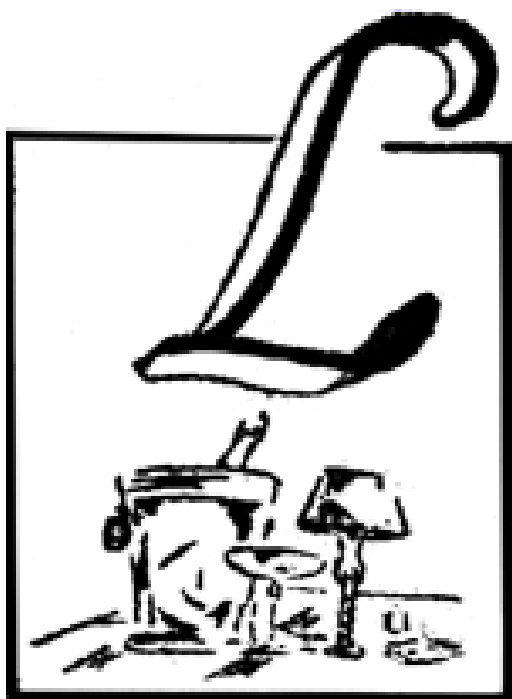
—Se debieron ir, señor —dijo—. Está todo cerrado.

—Échenme abajo la puerta —exigió Tantall.

Los hombros de tres policías y los de Brewster se pusieron en contacto con la puerta y ésta saltó sobre sus goznes, rotas las bisagras.

—Rápido, registren la casa. Que no quede ni un maldito rincón por mirar. Brewster, venga conmigo.

CAPÍTULO X



A joven volvió en sí sintiendo que la cabeza le daba vueltas como unos caballos de feria. Volvió a cerrar los ojos, que había abierto un instante, y procuró recordar. De pronto, la realidad, la horrible realidad se apoderó de ella. Al instante, como si las tinieblas en que se hallaba sumida se le hubieran vuelto insoportables, como si la aterrorizasen, volvió a levantar los párpados. Y la realidad era que su padre había muerto, que ella había tenido entre sus brazos el cuerpo del hombre que para ella fue el más bueno de la Tierra. De su padre...

Se dio cuenta instantáneamente del sitio en que se hallaba, pero de una manera vaga. Un solo pensamiento mantenía ahora paralizada su mente, el pensamiento de la tragedia que se había

abatido sobre ello de una manera rápida y cruda. Sintió que los sentidos se le diluían y luchó desesperadamente por no desmayarse de nuevo. Alguien la había golpeado, pero apenas se daba cuenta de ello, porque el «*shock*» anímico era mucho mayor que el físico.

—Ya ha vuelto en sí —oyó la voz de Festos, retumbante en el silencio—. No, si lo que yo decía..., no nos servirá más que de estorbo, eso es lo que digo...

—¡Cállate! —rugió, apasionadamente, Harris.

Esta voz fue la que hizo que la joven se volviera lentamente hacia donde procedía. ¡Él, él fue quien mató a su padre! Se incorporó lentamente, mirándolo con fijeza, y algo en aquella mirada hizo retroceder a Harris, que se había acercado.

—¡Asesino! —gritó ella—. ¡Tú lo mataste, asesino! ¡Yo te vi!

—Calma, calma —aconsejó Festos—. Mira, chica, que...

Barbe se levantó, sintiendo que las piernas se le doblaban. Pero aún tuvo fuerzas para dar dos pasos en su dirección.

—¡Asesino! —repitió como si fuese aquélla la única palabra que era capaz de pronunciar—. ¡Te mataré con mis propias manos!

No cabía ninguna duda de que haría lo que dijo. Si en aquel momento hubiera tenido un cuchillo en la mano, nada en el mundo, a no ser la misma muerte, hubiera podido impedirle tratar de matarlo. Harris retrocedió otro paso, dudando.

Fué Festos quien interceptó el paso a la chica, interponiendo entre ambos su corpachón.

—Calma, calma —dijo.

Barbe golpeó el pecho del gordo con ambos puños cerrados, pero era como si una mosca se hubiese posado allí. Festos la cogió ambas muñecas y la sujetó fuertemente.

—Hay que hacer algo, Clark —dijo, mientras retiraba a tiempo su brazo, para evitar que los afilados dientes de la francesa se le clavasen en la carne—. Esta chica se está volviendo loca, eso es.

—¡Canalla! ¡Canalla! —repetía ella, luchando desesperadamente por desasirse de las manos del gordo—. ¡Te mataré, te mataré!

Harris no había abierto la boca hasta ahora. También él escupía veneno por la herida escocida que ella infligiese.

—Tú me engañaste, maldita gata alegre —dijo rencorosamente—. Me engañaste y lo vas a purgar todo al mismo tiempo. Vendrás conmigo y haré de ti una esclava. ¡Suéltala, Festos!

Todo el cariño y pasión de aquel hombre se había convertido mezclado a la crueldad del engañado. Luke Festos se dijo que cualquiera de los dos era capaz de cualquier cosa e intentó interponerse.

—Más vale que os calméis ambos —dijo—. Más vale que os calméis, porque si no...

Clark lo apartó de un violento empujón y se enfrentó a la joven. Los ojos de ésta brillaron y al instante se abalanzó a él. Clark le dio un revés en la cara con toda su fuerza, deteniéndola. Luego, con el anverso de la mano, volvió a golpearla. Los golpes fueron duros, dados por un hombre que intenta someter a una mujer haciéndole perder la moral al ser abofeteada, pero no conocía a Barbe. No, no la conocía.

Una de las manos de la joven se dirigió velozmente a la cara de Harris, enterrándole las uñas en la mejilla izquierda, un poco por debajo del ojo. Sólo el ágil movimiento del pistolero le salvó de quedar tuerto.

—¡Maldita!... —dijo roncamente.

Y volvió a bofetearla una y otra vez con toda la fuerza de que era capaz. De los labios de la joven se escapó un ligero reguero de sangre, que le manchó la blancura de la blusa. Pero ella no era de las que ceden ante la brutalidad. Aquello se había convertido en una lucha repugnante y hasta el baqueteado Festos vio lo que aquello tenía de antinatural.

—¡Basta, Clark! —ordenó, con voz fuerte.

Fue en ese momento cuando oyeron ruido por encima de ellos, en la casa. Festos levantó la cabeza y Harris hizo lo mismo, descuidando un momento la guardia. Pero la muchacha había recobrado parte de su sangre fría. No se mata a un hombre fuerte a arañazos. Por entre la abierta americana de Clark, allí, cerca de la axila izquierda, asomaba la culata de una pistola Viva como un relámpago, alargó la mano y se apoderó de ella. Al instante dio un paso atrás.

—¡Muere, canalla! —gritó, apasionadamente. Y disparó dos veces.

Festos había visto la maniobra antes que el mismo Harris y se precipitó hacia ella para impedirlo. No pudo hacerlo. Recibió él los dos disparos en pleno pecho y se llevó a él las manos, como si

considerase imposible aquello. Luego, lenta, muy lentamente, empezó a agacharse hasta tocar el suelo con las manos. Un instante después yacía boca abajo, como un fardo.

Harris saltó sobre su cuerpo, precipitándose hacia Barbe, que, asombrada, había visto cómo fallaban sus disparos y daban al que no quiso matar. Sintió sobre sí las brutales manos de Harris, y esto la hizo reaccionar. Lanzó un alarido de un registro agudísimo e intentó soltarse, para disparar de nuevo. Él no lo permitió. Voceando injurias infectas, la hizo caer a tierra de un empujón y la dio una patada en un costado. La joven chilló de nuevo.

—¡Calla, maldita! —voceó el pistolero, golpeándola nuevamente.

Ni podía acordarse ya siquiera de que había estado enamorado de ella. No sentía sino unas ganas dementes de golpear aquel esbelto cuerpo. Además, continuaba oyendo arriba los ruidos indicadores de que alguien, varios hombres, estaban enredando allí.

Con un suspiro, casi un gemido, volvió a golpear. Esta vez el chillido de la martirizada joven ganó en intensidad a todos los anteriores. Luego perdió el conocimiento.

El inspector-jefe Tantall no oyó nada, pero uno de los patrulleros, un joven de unos veintidós años, percibió un ligero ruido cuando se encaminaba por el piso bajo hacia la cocina. Acababan de descubrir otros dos cadáveres y con éstos iban ya cinco. Uno de ellos arrancó exclamaciones de asombro y de escepticismo a los policías y a los federales. Se trataba de un contrahecho pelón en la cabeza y peludo como un oso en el resto del cuerpo, estevado, y con unas extrañas membranas en vez de párpados.

—A éste han debido sacarlo de un circo —dijo Brewster, mirándolo con aprensión—. ¡Vaya facha! Parece mentira que un hombre así pudiera vivir en Washington y nosotros sin saberlo.

Al otro no lo conocían, pero tenía su documentación en el bolsillo. Esta documentación pasó a manos del inspector Tantall, mientras se avisaba por teléfono para que llegasen las ambulancias. Fue entonces, cuando estaban convencidos de que los pájaros habían volado, cuando el policía oyó los ruidos.

—¿Quieres callar? —preguntó—. Parece que se oye algo.

—Moscas —le dijo uno de sus compañeros—. Estás soñando.

—No. Oí algo.

Tantall se le aproximó, seguido de Brewster. Éste, más joven, localizó algo.

—Parece un grito de mujer —dijo, volviéndose interrogativamente al patrullero.

Éste afirmó con la cabeza.

—Juraría que sí.

Al acercarse a la cocina lo percibieron mejor. Sonaba lejísimos, pero sonaba. Y no era en la calle, por cierto, sino por allí.

—Hay alguien en alguna parte de la casa —dijo Tantall, con decisión—. ¡A buscar!

Los fornidos policías y los agentes del

F. B. I.,

entre los que descollaba Brewster por su celo, empezaron a registrar las habitaciones a paso de carga. Cuando vieron que en ninguna parte se encontraba rastro de la mujer que había gritado, la emprendieron con los muebles.

—Se oía mejor en la cocina —afirmó Brewster.

Y en aquel momento oyeron dos lejanos estampidos, como secos taponazos de champaña.

—Alguien pelea dentro de la casa, pero ¡santo Dios!, ¿dónde? —preguntó Tantall.

—¡Un sótano! —sugirió Brewster.

La mesa de la cocina, el fregadero, el hornillo de gas, todo voló por el aire ante las manos de los policías. Uno de ellos cogió un hacha y la emprendió a golpes contra la alacena. Una de las patadas que le dio con la recia bota hizo chasquear el mecanismo de apertura y los restos del mueble giraron sobre uno de sus lados.

—¡Adelante! —bramó Brewster, sacando la pistola e introduciéndose en el pasadizo seguido por los policías.

A lo lejos les llegó, ahora ya inconfundible, el grito de la mujer.

Bajaron la escalera a saltos y llegaron por fin al último rellano. A través de una puerta, abierta al otro lado de aquella especie de vestíbulo, vieron cómo un hombre estaba muy ocupado dándole patadas a algo que había en el suelo. La mujer, seguramente.

—¡Alto! —gritó Brewster.

El hombre se volvió, como picado por una serpiente, y movió algo que tenía en la mano. La pistola de Brewster comenzó a

crescitar velozmente y el hombre cayó al suelo, empujado por la fuerza de los disparos. Al instante, el cuarto entero se llenó de policías. Dos de ellos se dirigieron al hombre, otros dos a otro, increíblemente gordo, que yacía en el suelo, y Brewster a la joven. Una sola mirada le hizo saber que habían encontrado a la francesa.

A través de las ventanas penetraba un brillante y lavado sol de junio. Aquella misma noche había vertido una buena tormenta encima de la capital, y los planteles de flores de los parques destellaban entre el verdor.

Con un brazo en cabestrillo, el inspector Carrington, del F. B. I., entró en el despacho de Tantall, el churchilliano inspector-jefe. Le acompañaba la muchacha aquélla; Tantall no podía acordarse nunca de su nombre.

—Buen día, señor —dijo Carrington.

La joven iba vestida de negro, cosa que a Tantall le pareció perfectamente ilógico. No obstante, levantó su pesada humanidad del sillón y estrechó la fina mano que se le tendía.

Carrington se sentó y cruzó las piernas. Tantall empezó a ponerse nervioso.

—No se apure, póngase cómodo —le dijo.

—Miss Girbal quería verlo a usted, señor —dijo Edwin, sin hacerle caso—. Quiere saber...

—Me lo imagino —declaró el inspector-jefe—. Señorita, no tenemos nada en absoluto contra usted.

—Me harté de repetírselo hasta quedarme ronco, pero no me creyó —intervino Carrington.

—Pero yo estuve allí —dijo ella, con voz débil.

Carrington no pudo por menos de darse cuenta de la transformación que se había operado en ella desde que mataron al padre. Aquel humor, fino y delicado, se había transformado en amargura. Estaba más delgada y las ropas negras le hacían parecerlo más.

—No importa, *miss*. Ya sabemos que su padre era quien marcaba los billetes, esperando que alguien se diera cuenta. Si él viviese, quizá tendría que responder ante la Policía francesa, pero no siendo así... Con la Policía federal de los Estados Unidos están ustedes en

paz. Eso es todo.

La joven se puso en pie.

—Tenga la seguridad de que mi padre pensaba entregarse a las autoridades de mi país en cuanto consiguiésemos escapar —declaró—. Ése es, al menos, el consuelo que me queda.

—Me alegro mucho, *miss*. Creo que... —El inspector-jefe miró a ambos mordazmente—, creo que ustedes..., ¿eh?

Carrington le echó una mirada cargada de ira.

—¿Dónde quiere ir a parar, señor?

—¡Oh! A ninguna parte. Preguntaba.

—Pues no hay nada todavía. Es decir —echó una rápida mirada a la joven y ésta apartó la vista—, es decir... Bueno; creo que aprovecharé que se encuentra sola en los Estados Unidos y no tiene dónde ir ni dinero para volver a Europa, para proponerle que sea mi esposa.

—¡No se aprovechará de ello! —protestó Barbe.

—Pues claro que sí. No pienso perderla de vista.

—Sí Carrington dice eso, no conseguirá quitárselo de encima ni con gases malolientes —afirmó Tantall, estudiando con atención la cara de la joven—. Me gusta que mis subordinados estén casados. Así no se escapan de cuando en cuando para pasarse dos días borrachos, como...

—Bueno..., bueno, señor —interrumpió rápidamente Carrington—. Por cierto, Barbe, que no me has dicho cómo lograsteis reducir a Festos. Era un tipo bastante fuerte y decidido, creo.

Barbe se lo dijo con algunos, detalles. Carrington puso cara de asco y algo en su rostro le dijo a Barbe que no debía seguir. Pero al volverse a mirar al inspector-jefe Tantall, vio exactamente reproducida en sus facciones la misma expresión. Entonces, por primera vez desde que muriera su padre, se echó a reír.

—Pero ¿qué les pasa a ustedes, los americanos? —preguntó.



CONCURSO DE VERANO - 1951

EDITORIAL ROLLAN, deseando corresponder una vez más al entusiasmo del público por sus novelas, crea un CONCURSO DE VERANO con

5.000 pesetas

EN PREMIOS

- | | | |
|-----|-------|---------|
| 1.º | 2.500 | pesetas |
| 2.º | 1.500 | " |
| 3.º | 1.000 | " |

En los próximos números de las publicaciones de EDITORIAL ROLLAN, F. B. I., EXTRAORDINARIA DEL OESTE y SELECCIONES NEVADA

hallarán nuestros lectores las bases para poder optar a tan MAGNIFICOS PREMIOS

CAMINO DE PERDICION

Los famosos agentes del Tesoro de los Estados Unidos, los T-men, hermanos de los G-men, del F. B. I., buscan ansiosamente al trío de falsificadores que tiene asustados a los Bancos de la nación.

O. C. TAVIN

el autor que por sus laureles reconocidos, no necesita de elogios, es el creador de esta maravillosa producción literaria

CAMINO DE PERDICION

Una bella y perversa mujer, llamada Ruth, es el cerebro maquiavélico que...

¡LOS MEJORES DIBUJOS!

¡Las más escalofriantes
a v e n t u r a s !

en los inigualables y únicos
CUADERNOS INFANTILES

AVENTURAS DEL F. B. I.

